

RAÍCES DE IDENTIDAD HGS

Hermano Antonio Botana
Semana Santa 2006

Semana Santa 2006

Asociadas para el servicio educativo de los pobres

Lunes Santo – 1ª

Ser HERMANAS hoy

1. RETIRO: Tiempo de narración, tiempo de hacer MEMORIA.

El retiro anual: Tiempo para recuperar y actualizar mi historia de salvación. Tiempo para hacer una relectura de mi vida, para contemplar –una vez más- el paso de Dios por ella.

Pero “releer” no significa simplemente “recordar”, sino volver a narrar mi historia con una nueva perspectiva, la que me aportan mi edad y las circunstancias que estoy viviendo, pero también la de una determinada experiencia o una dimensión importante. Así, en cada relectura descubro aspectos que habían quedado ocultos en otras y, sobre todo, descubro una nueva “intriga” o línea argumental que relaciona los hechos y da lugar a una nueva narración.

Así hace Israel a lo largo de su historia: la relee con diferentes perspectivas; sobre los mismos hechos van surgiendo diferentes narraciones que encontramos en el Pentateuco, en los Profetas, en los Salmos,... Siempre es *historia de salvación*, unas veces leída desde la adversidad y otras desde el bienestar, desde el exilio o el tiempo de paz, desde la fidelidad de Dios o el pecado del pueblo...

En este retiro se me invita a releer y narrar mi vida de Hermana con esta perspectiva: **Ser HERMANAS hoy, ASOCIADAS en la comunión para la misión.** No es, pues, una lectura individualista, de una relación muy particular entre Dios y yo, sino yo como “Hermana”, y por tanto en la pertenencia, en la comunión, en la asociación.

Leer la vida desde la fe es una actitud que pertenece a las raíces de nuestra identidad colectiva lasallista. Porque en eso consiste *“el espíritu de este Instituto”*: *“No mirar nada sino con los ojos de la fe; no hacer nada sino con la mira puesta en Dios; atribuirlo todo a Dios”*.

Y es la actitud fundamental para poder narrar nuestra historia como *historia de salvación*. La persona creyente es precisamente aquella capaz de narrar así su vida, como *historia de salvación*: descubre que entre los hechos “naturales” o “casuales” de su vida hay una trama o intriga en la que Dios tiene la iniciativa. *“Dios, que todo lo conduce con sabiduría y suavidad...”* (Memoria de los Comienzos de Juan Bautista de La Salle). Y la Historia de la Salvación universal comienza a narrarse cuando un pueblo descubre esa trama, más allá de simples intervenciones ocasionales de la divinidad. Así se forma una identidad colectiva llamada *“Pueblo de Dios”*. Desde esa conciencia histórica cada momento presente –bueno o malo, glorioso o trágico, de fidelidad o de pecado- resulta iluminado y se sitúa en la misma trama de salvación, aunque no se acierte todavía a ver su significado.

El Pueblo de Dios – Israel, y luego, la Iglesia – tiene conciencia de su identidad y la afianza cada vez que rememora las maravillas que Dios ha obrado en su historia. El “año litúrgico”, cada fiesta litúrgica, la Semana Santa de modo especial, la Plegaria eucarística de la misa,... es una rememoración y actualización de la Historia de la Salvación y, al mismo tiempo, un afianzamiento de nuestra identidad de Pueblo de Dios. La Cena del Jueves Santo, que ocupa el centro de la Semana Santa, está situada en un contexto de *alianza*: Israel narra a sus hijos el “mito” de su nacimiento como pueblo, las maravillas que Dios ha hecho en su historia; en ese

marco narrativo Jesús presenta la Nueva Alianza, que va a suponer también una nueva identidad de Pueblo de Dios.

2. MEMORIAS COMPROMETIDAS, MEMORIAS PELIGROSAS.

“Hay memorias que son peligrosas, memorias que exigen.

Hay memorias por medio de las cuales, experiencias anteriores irrumpen hasta el mismo centro de nuestras vidas, revelándonos nuevas y peligrosas intuiciones sobre el presente.

Por unos breves instantes, iluminan con una brusca y resistente luz, las cuestionables ideas que aparentemente nos hemos forjado sobre la realidad, mostrándonos la banalidad de nuestros supuestos “realismos”.

Irrumpen a través de los cánones de nuestras habituales y aceptadas estructuras de posibilidad con ciertas características subversivas.

Esas memorias son como peligrosas e incalculables visitas del pasado. Son memorias que tenemos que tomar en cuenta.

Memorias que de cierta manera, contienen el futuro”.

J.B. Metz

60 años después de la fundación establecida por el Hno. Juanito, ¿qué memorias comprometidas (“memorias peligrosas”) quedan en ustedes? ¿Qué memorias les permiten construir su futuro con *fidelidad creativa*?

*“Se invita pues a los Institutos a reproducir con valor la audacia, la creatividad y la santidad de sus fundadores y fundadoras como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy. Esta invitación es sobre todo una llamada a perseverar en el camino de santidad a través de las dificultades materiales y espirituales que marcan la vida cotidiana. Pero es también llamada a buscar la competencia en el propio trabajo y a cultivar una fidelidad dinámica a la propia misión, adaptando sus formas, cuando es necesario, a las nuevas situaciones y a las diversas necesidades, en plena docilidad a la inspiración divina y al discernimiento eclesial.” (Juan Pablo II, *Vita consecrata*, 37).*

¿Audacia, creatividad, santidad...? ¿O simplemente copia, repetición, rutina...? La memoria del Hno. Juanito, que se atrevió a “traducir” al femenino el carisma lasaliano, en las difíciles circunstancias sociales de los años 40 en México, ¿es un reto para ustedes? ¿Es una memoria comprometida, “peligrosa”, o está bien “domesticada”? ¿Se atreven a continuar su audacia y creatividad, en otras circunstancias sociales, en otro modelo de Iglesia, tan diferente a lo que él tuvo que vivir?

3. EL MODELO DE INSTITUTO QUE QUEREMOS CONSTRUIR

(De las actas del 8º Capítulo General)

Identidad: carisma y misión

1.1 Las Hermanas Capitulares del 8º Capítulo General,

– conscientes de la crisis de identidad que afecta a un número significativo de Hermanas y ha influido en la salida de otras muchas,

- conscientes del peso de la historia y de las circunstancias que han dificultado nuestra propia clarificación en cuanto a la identidad y el carisma,
- conscientes de que “el Señor ha querido poner el destino del Instituto en manos de las Hermanas” (Regla, 163), y es nuestra responsabilidad actualizar y refundar el carisma de nuestro Fundador en un proyecto que no puede ser copia del que nuestro Instituto conoció en sus orígenes, pues la sociedad y la Iglesia han cambiado y a ellas nos debemos,

a) afirmamos ante nuestro propio Instituto y ante las demás Instituciones y Asociados lasallistas nuestra convicción de ser portadoras del carisma de La Salle y de querer vivirlo en plenitud en nuestra condición de Hermanas Guadalupanas de La Salle;

b) afirmamos, igualmente, que la única misión del Instituto, como se indica en nuestra Regla (n. 3), es la educación humana y cristiana de niños, niñas y jóvenes, especialmente los pobres; que esta misión la ejerce, prioritariamente, ya sea en obras del propio Instituto o bien colaborando con instituciones que tengan idénticos fines, como también en obras de apostolado parroquial; y sólo cuando se den circunstancias justificadas, asegurando el servicio doméstico en casas de religiosos y sacerdotes.

1.2 Nos parece necesario a nivel de Instituto una toma de conciencia general de nuestro Carisma y Misión, para tener así una visión clara de la propia identidad y vivirla con fidelidad creativa, y evitar insertarnos de manera vaga y ambigua en la Iglesia.

1.3 Sabemos que la máxima preocupación de nuestro Fundador, el Hermano Juanito, fue la evangelización de la juventud, la educación de los pobres. Nos parece evidente que el carisma que él desea transmitir a su Instituto no es otro que el carisma lasallista, del cual descubre una potencialidad que hasta entonces estaba escondida, y es la capacidad de ser vivido plenamente en femenino, es decir, por la mujer consagrada.

Si las circunstancias exigieron el servicio doméstico, casi en exclusiva, al inicio de la fundación, esto no fue el fin del proyecto central, lo constatamos en la carta de nuestro Fundador, el Hno. Juanito, en octubre de 1968 (Regla, pág. 143):

“En seguida es el apostolado de las almas, destacándose como principal y más necesario el de la enseñanza, sobre todo, de los niños...”

1.4 Comprobamos que el Carisma lasallista femenino en el Instituto de HGS está claro a nivel de formulación en la Regla y documentos oficiales; sin embargo, según revelan los cuestionarios, es confuso en el vivir y sentir de cada hermana. Por ello, el Capítulo General declara que es necesaria la recuperación de la unidad en el Carisma, la integración de las diversas funciones y tareas que realizan las Hermanas en la única Misión del Instituto, la educación humana y cristiana de los niños y jóvenes, especialmente los más pobres. Es necesario poner en marcha un dinamismo que llegue a todos los miembros del Instituto y facilite a todas una formación, según su edad y posibilidades, que les permita sentirse realizadas en su vocación.

1.5 “Las Hermanas se consagran a Dios para dedicarse al ministerio apostólico de la educación, según el carisma de san Juan Bautista de La Salle” (Regla n. 2). Desde esta toma de conciencia, deseamos que cada Hermana Guadalupana de La Salle pueda sentirse integrada en el proyecto común que el Instituto realiza con la aportación de todas las Hermanas, “juntas y por asociación”.

1.6 Vemos necesario un discernimiento a nivel de Instituto, que ayude a ver la relación entre las distintas acciones que realizan las Hermanas en función de la única Misión del Instituto, al mismo tiempo que se señalen las opciones y prioridades marcadas desde la finalidad.

1.7 El Instituto debe afrontar hoy el reto de la inculturación, que le llega de su presencia en países diferentes del que le vio nacer. El Instituto ha de buscar la encarnación evangélica en cada uno de esos países, preparando a las Hermanas que son enviadas como formadoras, para que sean capaces de transmitir la identidad HGS desde la solidaridad y el respeto a la cultura del país, y promoviendo el crecimiento de las Hermanas autóctonas para que asuman progresivamente sus responsabilidades.

4. El Espíritu del Señor está sobre mí.

Primer Poema del Siervo de Yavé (Is 42,1-7)

*1 He aquí a mi siervo a quien yo sostengo,
mi elegido, al que escogí con gusto.
He puesto mi Espíritu sobre él,
y hará que la justicia llegue a las naciones.*

*2 No clama, no grita,
no se escuchan proclamaciones en las plazas.*

*3 No rompe la caña doblada
ni aplasta la mecha que está por apagarse,
sino que hace florecer la justicia en la verdad.*

*4 No se dejará quebrar ni aplastar,
hasta que establezca el derecho en la tierra.
Las tierras de ultramar esperan su ley.*

*5 Así habla Yavé, que creó los cielos y los estiró,
que moldeó la tierra y todo lo que sale de ella,
que dio aliento a sus habitantes
y espíritu, a los que se mueven en ella.*

*6 Yo, Yavé, te he llamado para cumplir mi justicia,
te he formado y tomado de la mano,
te he destinado para que unas a mi pueblo
y seas luz para todas las naciones.*

*7 Para abrir los ojos a los ciegos,
para sacar a los presos de la cárcel,
y del calabozo a los que yacen en la oscuridad.*

Este Poema o Canto del Siervo de Yavé que leemos en la liturgia del Lunes Santo expone el proyecto que Dios tiene sobre su Siervo. Jesús se sentirá identificado con él y así lo proclamará en la Sinagoga de Nazaret (Lucas 4). Es también una invitación para cada uno de nosotros, una invitación personal: que cada una se sienta destinataria del carisma que Dios ha puesto sobre cada una de ustedes a través de la persona del Hno. Juanito y, antes, de Juan Bautista de La Salle.

El don del Espíritu es lo más grande que hemos recibido, personal y comunitariamente. Pero es un don exigente. Cada una ha de preguntarse qué puede aportar para construir el nuevo modelo de Instituto, fiel a sus raíces y al mismo tiempo renovado en su proyecto, que soñó el último Capítulo General. Sin romper la caña doblada, pero con firmeza y creatividad para construir este proyecto de fraternidad (“para que unas a mi pueblo”) para llevar la luz de la

educación a los pobres. No nos refugiemos en las estructuras heredadas, aunque parezcan pertenecer al proyecto histórico de los orígenes. Preguntémonos qué nos exige crear hoy el espíritu-carisma del Fundador, aquello que él mismo no pudo hacer en su tiempo, pero que hubiera hecho hoy en esta Iglesia y en este mundo. De esta forma estarán siendo fieles a su Fundador y al Espíritu Santo.

5. EL NOMBRE: memoria comprometida y peligrosa.

Ustedes son “HERMANAS GUADALUPANAS DE LA SALLE”. Su nombre es otra memoria comprometida y peligrosa, si se lo toman en serio y en todo su valor.

- Ustedes son HERMANAS: no se trata simplemente de un equivalente de “religiosas”, sino del equivalente o paralelo de HERMANOS, ni más ni menos. El Fundador, Hermano Juan Fromental, les da como herencia un proyecto de fraternidad, el mismo de la Institución a la que él pertenecía, los Hermanos de las Escuelas Cristianas.
- Ustedes son DE LA SALLE: son herederas del carisma de La Salle, y no están al servicio de los Hermanos sino de la misma misión a la que sirven los Hermanos, el servicio educativo de los pobres. El carisma de La Salle pasa a ustedes *completo*, a través de su Fundador.
- Ustedes son GUADALUPANAS, lo cual habla de la inculturación y las raíces del carisma lasallista en este pueblo al estilo de María de Guadalupe, pero no lo confundan con una dependencia local. Ustedes ya no son una Congregación “mexicana” (aunque sí de origen), sino internacional.

Esta es la herencia recibida, marcada en su nombre como memoria comprometida.

La barca que ustedes comparten es conducida mar adentro, de una orilla a otra como los discípulos en el mar de Galilea. ¿Parece que Jesús duerme en el fondo de la barca, mientras los vientos la azotan?

- Pregúntense cuáles son sus temores, y déjense preguntar por Jesús: ¿Por qué temen, mujeres de poca fe?
- ¿Qué es lo que les entusiasma en este momento de su historia como Instituto?
- ¿Cuál es la orilla que Jesús les invita a dejar, y hacia qué otra orilla les conduce?

Semana Santa 2006

Asociadas para el servicio educativo de los pobres

Lunes Santo – 2ª

**Desde el espíritu de fe
Atentas, como el centinela, a Dios que llega**

“Las Hermanas Guadalupanas de La Salle ven en su origen fundacional un señalamiento de Dios en cuanto al espíritu que debe animar toda su vida.

Este espíritu, según el carisma lasaliano, es en primer lugar un espíritu de fe que ha de mover a las Hermanas a “no mirar nada sino con los ojos de la fe, a no hacer nada sino con la mira en Dios y a atribuirlo todo a Dios”.

Por la fe las Hermanas juzgan los acontecimientos y las realidades del mundo a la luz del Evangelio.

La fe inspira sus opciones y decisiones.

Por la fe, reconocen la voluntad de Dios en los acontecimientos cotidianos”.

(Regla, 4)

“El conocimiento y la adquisición del espíritu de fe constituyen el objeto primordial en la formación inicial de las Hermanas. El crecimiento en dicho espíritu prosigue a lo largo de toda su existencia y abarca todas las dimensiones de su vida.” (Regla, 8)

En el origen de nuestra historia, en la raíz más profunda de nuestra identidad encontramos el espíritu de fe. Esta raíz alimenta todas las demás y permite a nuestro árbol dar los frutos que se esperan de él en cada tiempo y lugar. Descubrámosla hoy en aquel que comenzó el camino, por el que luego seguiría el Hermano Juanito y todos los que hoy estamos aquí.

1. “DIOS QUE GUÍA TODAS LAS COSAS...”

Juan Bautista de La Salle es, como Abraham, un hombre itinerante: ha hecho de su vida un éxodo constante, atento a los signos por los que Dios le señala el camino. Y, como Abraham, asume el estilo de vivir que aquél “patentó”, invitado por Dios: “*Camina en mi presencia con lealtad*” (Gén 17,1).

En Juan Bautista de La Salle nos encontramos con **el profeta**, en el sentido bíblico: el hombre de ojos abiertos para descubrir los signos por los que Dios le habla, el hombre de oídos atentos para escuchar la voz de Dios que le comunica su voluntad. Ha experimentado la fuerza y acción transformadora de Dios en su propia existencia. Llamado, con su Comunidad, a “*preparar el camino del Señor*” en los corazones de los niños y jóvenes a través de la educación cristiana, Juan Bautista ha debido realizar primero su propio camino, por el que Dios se le hacía el contradicho a cada paso para guiarlo a la misión que le tenía preparada.

Había pasado ya los 40 años cuando, animado por los Hermanos, pone por escrito su “*Memoria de los Comienzos*”. En ella expresa la experiencia que La Salle ha tenido de Dios: un Dios que camina por la historia, y llama a los hombres a caminar en su presencia:

“Dios, que guía todas las cosas con sabiduría y suavidad y no suele forzar la inclinación de los hombres, queriendo comprometerme a tomar enteramente el cuidado de las escuelas, lo hizo de manera muy imperceptible y en mucho tiempo, de modo que un compromiso me llevaba a otro, sin que yo lo previera al comienzo.” (MC)

Es la primera clave del itinerario de La Salle, que se convierte en uno de los ejes principales de la espiritualidad lasallista.

Juan Bautista señala con toda firmeza a quién corresponde la iniciativa en el itinerario que él y su Comunidad han recorrido: es Dios mismo el que "guía"; Dios, que *"no suele forzar la inclinación de los hombres"*, El es quien quiere comprometer a Juan Bautista, y quien lo hace *"de manera imperceptible"*.

De forma indirecta nos está indicando cuál ha sido el motor de su itinerario: la fe en Dios presente en su historia, Dios Salvador en quien se abandona y confía totalmente. Pero es un abandono activo: Juan Bautista se ha sentido *"instrumento"*, sí, pero instrumento responsable. Si Dios ha irrumpido en su historia no ha sido para "manejarlo", sino para inspirarle en cada momento lo que esperaba de él, algo que Juan Bautista no pensaba en absoluto. Y Juan Bautista ha debido corresponder con su propio compromiso, su respuesta totalmente libre: *"de compromiso en compromiso"* ha llegado hasta el fin.

Es así como, en un momento dado de su vida, descubre que, *más que encontrar a Dios, había sido encontrado él por Dios*. Juan Bautista es un buscador de Dios y de su voluntad; pero la *"Memoria de los Comienzos"* nos revela su experiencia gozosa al constatar que Dios era quien había estado buscándole.

2. UN HOMBRE EN BÚSQUEDA.

En el primer tramo de su vida especialmente, Juan Bautista de La Salle se nos muestra como un hombre en búsqueda. Busca a Dios, pero lo busca de una manera concreta, en la historia, en las situaciones que vive, en las personas con las que se relaciona.

No es un temperamento indeciso: cuando ha encontrado un signo suficientemente claro y ha hecho las correspondientes consultas con quienes pueden aconsejarle, da el paso sin vacilación y queda tranquilo, a la espera de un nuevo signo que le permita avanzar. Su preocupación es ser fiel a Dios.

Pero son aún los comienzos del itinerario lasallista. Juan Bautista no ha descubierto lo que será su "vocación histórica" por la que hoy le conocemos. Hacia los 28 años comenzará a descubrirla. Sin embargo, perderíamos la perspectiva de su vocación concreta, de su carisma de Fundador, si no la situáramos en el contexto más amplio de su "vocación como proceso", como dimensión de vida. Más aún, si ésta no se hubiera dado en Juan Bautista anteriormente, no hubiera sido posible la otra. Esa "vocación como itinerario de vida abierta a Dios" podemos percibirla fácilmente en este primer tramo. Veamos su génesis:

a) La maduración vocacional:

Constatamos, en primer lugar, una progresiva maduración vocacional, en la que va aprendiendo a no confundir su deseo con la voluntad de Dios.

Su adolescencia está marcada por una sucesión lineal de pasos hacia la vocación sacerdotal: tonsura a los 11 años, canonjía a los 15, entrada en el seminario de San Sulpicio a los 19... De repente, todo se quiebra cuando en el espacio de nueve meses pierde a su padre y a su madre, y ha de convertirse, como primogénito, en tutor de sus hermanos (1672). ¿Será un signo en contra de su pretendida vocación sacerdotal?

A partir de esta quiebra aparente de su ideal vocacional, Juan Bautista iniciará una práctica que mantendrá a lo largo de su vida: todas sus opciones personales las introducirá en *el interior de un diálogo con Dios*, en una oración marcada por *la búsqueda de la voluntad de Dios*.

- En esa búsqueda activa, disipa sus dudas, aconsejado por su amigo el Canónigo **Roland**, y continúa el camino hacia el sacerdocio, compaginando sus estudios y obligaciones de canónigo con la tutoría de sus hermanos.

- Más tarde, ya con 25 años (1676), pensando que Dios le llama a la pastoral parroquial, solicita cambiar el canonicato por una parroquia. Su arzobispo se lo niega. Comenta su biógrafo Maillefer: *"el señor de La Salle se retiró un poco mortificado por el fracaso de su gestión. Se contentó con ofrecer el sacrificio y ya no pensó más en cambiar de estado"*.

- **1678**: Ordenación sacerdotal. El mismo año muere su amigo y consejero, el Canónigo Roland, dejándole el cuidado de las *"Hermanas del Niño Jesús"* que él había fundado. Juan Bautista obtiene para ellas las Letras Patentes del Rey, y atiende a las Hermanas en funciones de capellán.

- **1679, marzo**: En una de sus visitas a las Hermanas del Niño Jesús se encuentra con **Adrián Nyel**. Viene a Reims con la intención de fundar escuelas para niños pobres y le trae una carta de su tía Maillefer, solicitando su ayuda para encontrar los lugares, las personas y los medios apropiados para llevar a buen término la empresa de Nyel. Comienza entonces a interesarse por las escuelas, sólo por hacer un servicio que se le ha solicitado, sin pensar en ir a más. Pero la chispa ya había saltado, como confesará luego en su *"Memoria de los comienzos"*:

"Dos circunstancias motivaron mi interés por las escuelas de niños: el encuentro con el Sr. Nyel y la propuesta que me hizo esta dama (la Sra. de Maillefer). Antes no había pensado en ello lo más mínimo, y no porque no me lo hubieran propuesto. Varios amigos de Roland habían intentado sugerírmelo, pero nunca consiguió penetrar en mi cabeza ni tuve jamás la idea de ponerlo por obra..."

b) "De un compromiso a otro":

Se funda una escuela, después otra. La Salle continúa normalmente interesándose en ello, y se va formando una idea cada vez más elevada de la obra educativa. Ayuda a los maestros a vivir, contribuye a su subsistencia material, los acompaña un poco. Pero sin pasar de ahí:

"...Me había figurado que el cuidado que tomaba de las escuelas y de los maestros sería solamente una dirección exterior, que no me obligaba con respecto a ellos a otra cosa que a atender a su subsistencia y a tener cuidado de que desempeñasen su empleo con piedad y diligencia." (MC. Blain 1,167).

Pero Juan Bautista desea que la obra triunfe apostólicamente; sus frecuentes relaciones con los maestros lo conducen a tomar conciencia de sus insuficiencias; no están a la altura de su tarea. Es preciso mejorar la calidad de los operarios, y ve que Nyel no puede hacerlo, pues siempre está "en otra parte", ocupado "en fundar". Juan Bautista sigue dando pasos sin poder prever a dónde le van a conducir:

- **Navidad de 1679**: Alquila una casa para los maestros, cercana a la suya, con el fin de seguirlos de cerca. Les da un reglamento que ponga un poco de orden en su vida, sin el cual no podrán imponerlo en las escuelas...

- **Pascua de 1680**: Visto que la anterior medida es insuficiente se decide a traerlos a comer a su casa. Lo cual le pone en situación de conocerlos más de cerca... Sus compromisos sucesivos proceden de su atención a la vida: cada nuevo paso le lleva a tomar conciencia de las nuevas necesidades, a las cuales acepta remediar.

Consulta asiduamente al Padre **Barré**, que le impulsa a ir adelante con la obra, y a comprometerse más en ella. El P. Barré había fundado, en Rouen, unas religiosas para educar a las niñas pobres: las "Damas de San Mauro".

- **1681, 24 de junio**: Aloja en su casa a los siete maestros que entonces eran. La oposición de sus parientes es fortísima.

- **1682, 24 de junio**: Deja su casa y se va a vivir con los maestros.

Ahora sí: ya se ha encarrilado en una nueva situación que ha cambiado radicalmente su vida. Sin embargo se mantiene siempre alerta por si algún signo le hace ver que la voluntad de Dios es otra. Blain pone en sus labios una oración con ocasión de la renuncia a su patrimonio, que expresa esta actitud. Alude a la duda de si "fundar" (dar base económica) la obra de las escuelas con su propia fortuna, o dejar que sea la Providencia quien le dé "fundamento":

*"Dios mío, yo no sé si hay que fundar o si no hay que fundar:
no me toca a mí establecer comunidades ni el saber cómo hay que establecerlas.
eso os toca a vos, así como el hacerlo en la forma que os plazca.
Yo no me atrevo a fundar, pues no sé cuál es vuestra voluntad.
No contribuiré, pues, en nada a la fundación de nuestras casas:
si las fundáis Vos, estarán bien fundadas; si Vos no las fundáis, no serán fundadas.
Dadme a conocer, Señor, vuestra santa voluntad."* (BI I,163).

3. UN HOMBRE DE CORAZÓN ABIERTO.

Ciertamente, hay caminos que uno mismo se traza y que poco o nada tienen que ver con la voluntad de Dios. Es el caso del hombre que está "en búsqueda", pero que ha establecido previamente un tamiz selectivo, para "filtrar" las señales y aceptar sólo aquellas que de un modo u otro le halagan o, al menos, no interrumpen la dirección o estilo de vida que lleva.

Al contemplar a este hombre en búsqueda que es Juan Bautista, descubrimos en él un rasgo que asegura la veracidad de su búsqueda: se trata de su "apertura de corazón" Y esto es lo que lo pone en situación de dejarse guiar por Dios.

No son precisamente las ideas, ni los conocimientos teológicos, ni algún libro sobre educación... quienes "conmueven" a Juan Bautista y orientan su búsqueda. Son los acontecimientos que ocurren en su vida, los que le interpelan:

a) En primer lugar, las personas:

Es una constante en la vida de La Salle que resaltan todos sus biógrafos. Lo mismo grandes pecadores que herejes, o sacerdotes pobres que necesitan alojamiento, o ex-Hermanos necesitados... todos encuentran en La Salle un corazón abierto dispuesto a socorrerlos incluso antes de que se lo pidan. Es en una de estas aperturas donde lo espera Dios para comenzar el giro definitivo.

Primero será el encuentro con Nyel y la ayuda "ocasional" que le presta. Pero la apertura a Nyel le dispone a percibir y sentirse "herido" por las necesidades de los maestros. Y puesto que ve en sus manos el poner remedio a las mismas, no duda tampoco en hacerlo. Juan Bautista no experimenta la menor inclinación natural hacia esos maestros rudos, ni tampoco atracción alguna por sus humildes funciones. Si los socorre es a causa de su propia apertura de corazón: no puede pasar de largo ante ellos.

"...Si yo hubiese sabido que el cuidado de pura caridad que me imponía por los maestros de escuela me obligaría a vivir con ellos, lo habría abandonado: pues, como naturalmente estimaba como inferiores a mi criado a aquellos que, sobre todo en los comienzos, necesitaba emplear en las escuelas, la sola idea de que hubiera necesitado vivir con ellos me habría resultado insoportable. En efecto, cuando empecé a llevarlos a mi casa sufrí muchísimo, cosa que duró dos años." (MC. Blain 1,169).

Pero esta situación real de los pobres que comienza a palpar, le hace caer en la cuenta de las raíces del mal: la inestabilidad de los maestros, la carencia de preparación profesional, la falta de espíritu evangélico en una función que, más tarde, La Salle calificará de "*ministerio eclesial*", pero asumida casi siempre sólo en su aspecto laboral, como medio de sustento.

b) En segundo lugar, las interpelaciones:

Juan Bautista es profeta "denunciado", "contestado" diríamos hoy. Pero acepta esta contestación como voz de Dios, que le hace tropezar para reconducirlo por un nuevo tramo del camino.

La "interpelación" más hiriente le llega cuando ya está viviendo con los maestros; ha dejado su casa y su familia, pero no es suficiente...

- **1683:** Los maestros sufren entonces una de las peores tentaciones: la angustia de la inseguridad frente al porvenir. Ellos, con Juan Bautista, están intentando formar una comunidad al servicio de las escuelas gratuitas; y padecen la dificultad del abandono económico. Si apenas pueden sostenerse ahora con lo justo para vivir, ¿qué será de ellos más tarde?

Juan Bautista, profeta, denuncia su falta de confianza en la Providencia: *"Hombres de poca fe, buscan seguridad. ¿No la tienen acaso en el Evangelio? La palabra de Jesucristo es póliza de seguro para ustedes, y no hay otra más sólida... ¿Por qué tal desconfianza?... Vean los lirios del campo... miren los pájaros que vuelan por el aire... a ninguno les falta lo necesario. Dios provee sus necesidades..."* (Blain 1,187).

Pero estas palabras del Evangelio quedan todavía fuera de la experiencia de La Salle, y así lo denuncian los maestros. Su "contestación", animada por la confianza de vivir en comunidad con Juan Bautista y por la proximidad psicológica, va a ser una crítica que herirá sin compasión a Juan Bautista: *"Vd. habla muy cómodamente mientras no le falta de nada. Provisto de una buena canonjía y de un buen patrimonio, está asegurado y a cubierto de la indigencia. Si nuestro establecimiento fracasa, Vd. queda a salvo..."* (Blain 1,188).

La Salle se da cuenta entonces que hay dos lenguajes diferentes, porque pertenecen a dos mundos distintos, aunque estén viviendo juntos. Juan Bautista habla de verdades "a priori". Los maestros hablan de su propia experiencia, muy diferente a la de Juan Bautista.

Juan Bautista les ha "lanzado" la Palabra. Pero ésta, de rebote vuelve a él y lo interpela, lo hiere en el mismo núcleo del profeta: *la fidelidad a la Palabra*. Se da cuenta de que lanzaba la Palabra desde arriba y desde fuera, y la fidelidad a ella le exige pronunciarla en la encarnación, desde dentro de esa situación de maestros pobres para anunciar el evangelio a los pobres.

c) En tercer lugar, las inspiraciones:

Desde una actitud de discernimiento como la que caracteriza a Juan Bautista, es posible captar la voz de Dios también en el interior de uno mismo. Los biógrafos dibujan a Juan Bautista tratando de oír esa voz, con mucha frecuencia, a través de *la oración, el retiro y la penitencia*. Estos son los medios que le hacen vulnerable a Dios. No se trata de una voz abstracta, aunque sea interior.

En la ocasión que acabamos de relatar, cuando fue interpelado por los maestros, La Salle busca una voz "clara" para saber lo que ha de hacer: ¿dejar la canonjía? El biógrafo Blain recoge el resultado de este discernimiento en diez puntos que pone en boca de La Salle, probablemente compuestos a partir de la propia Memoria de los Comienzos escrita por Juan Bautista. He aquí el último de esos puntos:

"Finalmente, puesto que ya no me siento inclinado hacia la vocación de canónigo, puedo inferir que ella me ha abandonado a mí antes de que yo deje tal estado; éste ya no es más para mí, y aunque entré en él por la puerta grande, me parece que hoy me la abre Dios para hacerme salir de él. La misma voz que me llamó entonces parece llamarme a otra parte. Llevo esta respuesta en el fondo de mi conciencia y la escucho cuando la consulto..." (Blain 1,192).

- **1683-84:** Renuncia a su canonjía y, con motivo de ese invierno, terriblemente riguroso, distribuye sus bienes a los pobres. Así es como llega al término de la opción decisiva a la que Dios le había guiado a través de un largo proceso.

4. HOMBRE Y COMUNIDAD EN ÉXODO.

A estas alturas del itinerario lasallista, ha habido un cambio sustancial: el hombre que estaba en búsqueda ha resultado, él mismo, buscado por Dios. Ha sido arrancado de entre los suyos: ha debido dejar su mundo, su familia, sus ocupaciones, su "nivel cultural", y, llevado por la mano de Dios y sus propios compromisos, ha visto unir sus pasos con los de estos pobres maestros, otro mundo tan diferente...

Anotemos los siguientes pasos:

- **1684:** Deciden el hábito, reglamento y nombre de "**Hermanos**".
- **1685:** Primer ensayo de un "Seminario de Maestros rurales". En esta época se hace la primera puesta a punto del contenido y de los métodos de enseñanza.
- **1686:** Primera Asamblea de los Hermanos. Primeros votos de obediencia: es un voto para asegurar la cohesión del grupo en función de la misión, y no un voto de "vida religiosa" (ésta, la están viviendo ya implícitamente, pero de momento no necesitan explicitarla en una consagración especial).
En esta asamblea, Juan Bautista logra que los Hnos. elijan un Superior de entre ellos. Pero el Arzobispo de Reims anula esa elección.
- **1688:** La Salle establece la primera escuela en París (San Sulpicio). Esta salida de Reims es la primera proyección del Instituto hacia la universalidad.
- **1689:** En la "**Memoria sobre el Hábito**", La Salle describe sobriamente, pero con precisión, la "Comunidad de las Escuelas Cristianas". Es la primera expresión escrita de la identidad de la **Comunidad**, que quedará invariable desde entonces, en lo esencial, tanto en su finalidad como en el estilo de vida.

La nueva situación ya no es propiamente una búsqueda sino un "éxodo", con todas sus características:

- Ante todo, Juan Bautista ya no está solo sino en un único camino de comunión con el de los maestros, que han elegido llamarse "Hermanos". Muy pronto esta experiencia de éxodo en comunidad podrán "codificarla" en una expresión que será parte de su consagración a Dios: "*juntos y por asociación*".
- En cuanto "éxodo", la nueva comunidad tiene la experiencia de una salida real: abandonan un mundo que ya no es el suyo, abandonan una escala de valores, abandonan una manera de plantear la vida en función de la propia realización, para situarla en función del servicio a los más necesitados.
- Es salida "de", pero sobre todo es salida "hacia". Les espera otro mundo en el que han de encarnarse, el mundo de los pobres, el de los sin cultura, el de los marginados, el de los abandonados. Pero también, el mundo donde Dios realiza su obra de salvación, de la que ellos, la Comunidad, serán instrumentos, "ministros".

Es, por tanto, un *itinerario de éxodo y encarnación*, donde cobra fuerza y se hace concreto lo que Juan Bautista repetirá en sus escritos como el fin último de su obra: "*procurar la salvación a los hijos de los artesanos y de los pobres*".

Semana Santa 2006

Asociadas para el servicio educativo de los pobres

Martes Santo – 1ª

**“Santísima Trinidad,...
me consagro enteramente a Vos...”**

1. LA TRINIDAD QUE NOS CONSAGRA.

La invocación que hacemos de las Tres Divinas Personas en el comienzo de nuestra fórmula de Consagración nos introduce en un encuentro, el de la Comunidad primordial. No es una comunidad encerrada en sí misma, sino **una Comunión para la Misión**. Por eso entra en la historia humana y la transforma en **Historia de Salvación**. Mi pequeña historia como persona, como creyente, como Hermano o Hermana, es un eslabón en esa gran cadena que transmite y prolonga el amor de Dios en la humanidad.

Contemplemos este encuentro a través del retrato (y también “relato”) hecho por dos autores: uno es el pintor ruso Andrei Rublev (siglo XV), el otro es Juan Bautista de La Salle y su Meditación 201.

A. El manto de la Trinidad. Participamos en la comunión para la misión.

Contemplación a la luz del Icono de la Trinidad de A. Rublev (1411).

B. El amor y la gloria de Dios. Participamos en el celo de la Trinidad.

En la meditación 201 La Salle nos desvela el sentido profundo de la consagración del Hermano como una experiencia de comunión y de participación en la vida misma de la Trinidad, en su tarea salvadora, concretada en la educación cristiana de los niños.

La meditación comienza señalando el origen de la misión -Dios mismo- y el marco en el que se comparte -la comunidad eclesial-: *"Reflexionen sobre lo que dice san Pablo, que es Dios quien ha establecido en la Iglesia apóstoles, profetas, doctores" (1 Cor 12,28)..."* (1,1).

La iniciativa y la forma de participar en la misión la establece Dios, pues Él es quien llama a cada uno: *"Ha sido también Él quien los ha puesto a ustedes en su empleo"* (1,1). *"Es Dios quien los llamó y destinó a este empleo, y quien los ha enviado a trabajar a su viña"* (1,2).

A lo largo de la meditación, haciendo de ella una narración en lenguaje teológico, La Salle nos muestra a las Tres Personas actuando en la misión de salvación, cada una de manera peculiar, y cada una asociando en el mismo dinamismo a la Iglesia y sus ministros.

El protagonismo en la narración lo asumen, en este orden, el Espíritu, Jesucristo y su Iglesia, y, finalmente, el Padre:

- Comienza con la actuación del Espíritu, subrayando así desde el principio la dimensión eclesial de la misión: el Espíritu *reparte sus dones* y se manifiesta en ellos *"para la utilidad común"*, es decir, aclara La Salle, *"para utilidad de la Iglesia"*.
- A continuación es Jesucristo quien ocupa el protagonismo, pero también es presentado al lado de la Iglesia; en una misma expresión se une el ser ministros *"de Jesucristo y de la Iglesia"*. Y en el centro de la meditación se nos muestra a la Iglesia en cuanto *"Cuerpo de Cristo"*, asumiendo la misión salvadora, *"animada de celo"*

fervoroso por la santificación de sus hijos": notemos entonces el requerimiento oportuno del Fundador: "*Es deber de ustedes compartirlo con ella...*".

- Llegamos, finalmente, al origen mismo de la misión: el Padre, que comparte su voluntad salvadora con su propio Hijo, enviándolo al mundo, "*para que quien crea en Él no perezca, sino que alcance la vida eterna*" (3,1; Jn 3,16). Con una exclamación resalta luego el hecho de que esta misión de salvación esté compartida por ambos, y en ello se apoya para invitarnos a hacer lo propio: "*He ahí lo que Dios y Jesucristo hicieron para restablecer a las almas la gracia que habían perdido. ¡Qué no habrán de hacer ustedes por ellas en el ministerio, si tienen celo de su salvación ...*" (3,1).

La meditación es, pues, el retrato de *la Comunión para la Misión* en sus fuentes más originales: la Trinidad, Jesucristo y la Iglesia; y a la vista de esas fuentes, la invitación a compartir y entrar "*celosamente*" en esta alianza; compartimos la Obra de Dios (1,1) y el trabajo en la viña del Señor (1,2); compartimos los dones que el Espíritu Santo nos ha dado para edificar la Iglesia (1,1); compartimos el celo de Jesucristo por su Iglesia, y el de la Iglesia por sus fieles (2,2); compartimos el celo de Dios por la salvación de las almas (3,1) y el de Jesucristo, Buen Pastor, por sus ovejas (3,2)...

2. HISTORIA DE AMOR, HISTORIA DE ALIANZA

En la Sagrada Escritura se nos narra esta *Historia de Salvación* que podría llamarse también "*la aventura de la Alianza*". Dios sale al encuentro del hombre y establece su alianza con él. Es una alianza con personajes concretos, con un pueblo concreto; pero el fin de esa alianza está siempre más allá de esos personajes y de ese pueblo; el fin es la salvación de todos, pero con una especial preocupación por los más pobres y marginados. Es siempre una llamada a entrar en la *Comunión para la Misión*.

Veamos algunos ejemplos que nos pueden servir de espejos para vernos a nosotros mismos.

Abraham, el amigo de Dios: un estilo de vida

La Alianza comienza a hacerse histórica en la figura de Abraham, el Padre de los creyentes. Notemos algunas características que están ya presentes:

1ª. Es una relación *personalizada* entre Dios y el hombre Abraham.

La iniciativa procede de Dios. El hombre es invitado a entrar en un itinerario que él no conoce y Dios le señalará; ha de fiarse de Dios y estar atento a sus signos.

2ª. Es una relación *comunitaria* que integra al hombre en un conjunto más amplio: "*tu descendencia*" (Gn 17,7), dentro del cual la Alianza establece un *estilo de vida*: "*camina en mi presencia con rectitud*" (Gn 17,1). Más tarde ese estilo de vida se explicitará en la ley mosaica. Y más tarde aún, Jesús lo expresará de manera más radical en sus Bienaventuranzas.

3ª. Es una relación que se desborda para manifestar la voluntad salvadora de Dios: "*En ti serán benditas todas las naciones de la tierra*" (Gn 22,18). La Alianza con esta persona/grupo se manifiesta como el eslabón -el signo- que permitirá ampliar la Alianza a toda la humanidad. No se trata, pues, de un encuentro privado, sino que es la expresión del encuentro entre Dios y la humanidad.

El Siervo de Yahvé: una comunión redentora

Esta misteriosa figura del segundo libro de Isaías es, sin duda, la que mejor encarna en el Antiguo Testamento la Alianza y la Salvación, unidas en su persona: Is 42,1-7; 49,1-6; 50,4-9; 53,13 - 53,12.

1º. En primer lugar, el Siervo está totalmente *referido a Dios*, de quien viene la iniciativa de su misión, quien le ha elegido y enviado, quien le sostiene. Lleva sobre sí *el Espíritu de Dios* y ésta es *la única garantía* que recibe para llevar a cabo su misión.

2º. En segundo lugar, esta intimidad tan especial con Dios está directamente ligada con la misión que ha recibido: *“Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra”* (Is 49,6). Es *Alianza para la Salvación*, y una Salvación universal.

3º. Finalmente, el Siervo se ha identificado con lo más miserable del pueblo, en una *comunión redentora*. Su misión es universal, pero centrada en los pobres. El mismo se presenta como pobre, despreciado, el que carga con la culpa de los demás. Así es como se convierte en *signo de salvación* para todos los condenados de esta sociedad. No hay en él nada de triunfalismo ni de recursos a medios fáciles. Su misión pasa por el fracaso. Pero Dios mantiene su Alianza y será quien asegure la misión más allá de todas las apariencias.

La Nueva Alianza y la Comunidad de Jesús

En el Nuevo Testamento la Alianza se hace Nueva en Jesús y su Iglesia. Se acentúa el carácter comunitario de la llamada. La Comunión pasa a ocupar *el puesto central* de la Misión.

- Los Evangelios Sinópticos presentan la llamada a los Doce como *el proceso de formación* de la comunidad de Jesús: *“Los llamó para estar con Él y enviarlos a anunciar el Evangelio”* (Mc 3,14). Alianza y Misión salvadora están explícitamente unidas.

La llamada sigue siendo personalizada, pero de inmediato se hace notar que no es para un seguimiento en solitario de Jesús, sino para *unirse al grupo* de sus seguidores.

En esa comunidad Jesús trabaja por lograr *un estilo propio* que se presenta como el signo del Reino de Dios que está llegando.

- En el Evangelio de Juan la elección de los discípulos se sitúa en un contexto simbólico de Nueva Creación y Nueva Alianza representada por las Bodas.

Los dos primeros capítulos del Evangelio narran simbólicamente esta Nueva Creación, que comienza con la aparición de la Luz -identificada ahora con Jesús- y culmina con la creación del hombre y la mujer -las bodas-, en paralelo con el relato del Génesis. Entre uno y otro acontecimiento se desarrollan seis días en los cuales los discípulos van entrando en contacto personal con Jesús, entran en su casa a partir de la invitación que Jesús les hace: *“Vengan y lo verán”* (Jn 1,39).

Las Bodas de Caná representan la creación del Hombre Nuevo, el *primer milagro* de Jesús. El agua de las purificaciones de los judíos -la vieja Ley- es cambiada por el buen vino de los tiempos mesiánicos. Los discípulos entran en comunión con Jesús aceptando el nuevo *estilo de vida* que acompaña su mensaje: *“Hagan lo que Él les diga”* (Jn 2,5), tal como propone la Madre de Jesús, que representa en este pasaje al Resto fiel del pueblo de Israel. Lo más característico de este Hombre Nuevo está representado en la comunión, según insistirá el mismo evangelista: *“En esto conocerán que son mis discípulos, en que se aman los unos a los otros”* (Jn 13,35).

Estar con Jesús, hacer comunidad, asumir su estilo de vida, sentirse enviado a anunciar el Rei-

no... estos son los rasgos que hacen realidad el sueño de Dios, el sueño de la Alianza. Y estos son los rasgos que deseo resaltar de una manera significativa con mi consagración religiosa.

3. RECORDAR EL AMOR PRIMERO.

El comienzo de nuestra fórmula de Consagración es algo más que una expresión solemne: es el *recuerdo del "Amor primero"* (Ap 2,4).

El Amor primero **no** es nuestro amor hacia Dios. Es el amor que Dios nos ha regalado como don supremo.

- *"Eres precioso a mis ojos, eres estimado y yo te amo. No temas que yo estoy contigo"*. Is 43,4.
- *"Con amor eterno te he amado. Por eso he reservado gracia para ti"*. Jer 31,3.

El amor primero es el amor de Dios manifestado en Jesús:

- *"En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados"*. 1Jn 4,10.

El amor primero es el que proclama el Espíritu de Dios en nuestros corazones cuando nos hace exclamar: *"Abba, Padre"*:

- *"El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para asegurarnos que somos hijos de Dios"*. Rom 8,16.

Mi consagración religiosa como Hermano/Hermana sólo tiene sentido desde la experiencia de este Amor primero, y tengo que renovar frecuentemente en mi vida esta experiencia: la de sentir que Alguien se ha enamorado de mí y espera que yo le corresponda. De lo contrario, mi vida como Hermano/Hermana perderá todo sentido y significación.

De la Carta Encíclica "Deus Caritas Est" de Benedicto XVI (nn. 1, 17 y 18)

«Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4, 16). Estas palabras de la *Primera carta de Juan* expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino. Además, en este mismo versículo, Juan nos ofrece, por así decir, una formulación sintética de la existencia cristiana: «Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él».

Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. En su Evangelio, Juan había expresado este acontecimiento con las siguientes palabras: «Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna» (cf. 3, 16). La fe cristiana, poniendo el amor en el centro, ha asumido lo que era el núcleo de la fe de Israel, dándole al mismo tiempo una nueva profundidad y amplitud. En efecto, el israelita creyente reza cada día con las palabras del *Libro del Deuteronomio* que, como bien sabe, compendian el núcleo de su existencia: «Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas» (6, 4-5). Jesús, haciendo de ambos un único precepto, ha unido este mandamiento del amor a Dios con el del amor al prójimo, contenido en el *Libro del Levítico*: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (19, 18; cf. *Mc* 12, 29-31). Y, puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. 1 Jn 4, 10), ahora el amor ya no es sólo un

«mandamiento», sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro.

Dios nos ha amado primero, dice la citada *Carta de Juan* (cf. 4, 10), y este amor de Dios ha aparecido entre nosotros, se ha hecho visible, pues « Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él » (1 Jn 4, 9). Dios se ha hecho visible: en Jesús podemos ver al Padre (cf. Jn 14, 9). De hecho, Dios es visible de muchas maneras. En la historia de amor que nos narra la Biblia, Él sale a nuestro encuentro, trata de atraernos, llegando hasta la Última Cena, hasta el Corazón traspasado en la cruz, hasta las apariciones del Resucitado y las grandes obras mediante las que Él, por la acción de los Apóstoles, ha guiado el caminar de la Iglesia naciente. El Señor tampoco ha estado ausente en la historia sucesiva de la Iglesia: siempre viene a nuestro encuentro a través de los hombres en los que Él se refleja; mediante su Palabra, en los Sacramentos, especialmente la Eucaristía. En la liturgia de la Iglesia, en su oración, en la comunidad viva de los creyentes, experimentamos el amor de Dios, percibimos su presencia y, de este modo, aprendemos también a reconocerla en nuestra vida cotidiana. Él nos ha amado primero y sigue amándonos primero; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor. Dios no nos impone un sentimiento que no podamos suscitar en nosotros mismos. Él nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este «antes» de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta.

En el desarrollo de este encuentro se muestra también claramente que el amor no es solamente un sentimiento. Los sentimientos van y vienen. Pueden ser una maravillosa chispa inicial, pero no son la totalidad del amor. Al principio hemos hablado del proceso de purificación y maduración mediante el cual el *eros* llega a ser totalmente él mismo y se convierte en amor en el pleno sentido de la palabra. Es propio de la madurez del amor que abarque todas las potencialidades del hombre e incluya, por así decir, al hombre en su integridad. El encuentro con las manifestaciones visibles del amor de Dios puede suscitar en nosotros el sentimiento de alegría, que nace de la experiencia de ser amados. Pero dicho encuentro implica también nuestra voluntad y nuestro entendimiento. El reconocimiento del Dios viviente es una vía hacia el amor, y el sí de nuestra voluntad a la suya abarca entendimiento, voluntad y sentimiento en el acto único del amor. No obstante, éste es un proceso que siempre está en camino: el amor nunca se da por «concluido» y completado; se transforma en el curso de la vida, madura y, precisamente por ello, permanece fiel a sí mismo. *Idem velle, idem nolle*, querer lo mismo y rechazar lo mismo, es lo que los antiguos han reconocido como el auténtico contenido del amor: hacerse uno semejante al otro, que lleva a un pensar y desear común. La historia de amor entre Dios y el hombre consiste precisamente en que esta comunión de voluntad crece en la comunión del pensamiento y del sentimiento, de modo que nuestro querer y la voluntad de Dios coinciden cada vez más: la voluntad de Dios ya no es para mí algo extraño que los mandamientos me imponen desde fuera, sino que es mi propia voluntad, habiendo experimentado que Dios está más dentro de mí que lo más íntimo mío. Crece entonces el abandono en Dios y Dios es nuestra alegría (cf. *Sal* 73 [72], 23-28).

De este modo se ve que es posible el amor al prójimo en el sentido enunciado por la Biblia, por Jesús. Consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo. Más allá de la apariencia exterior del otro descubro su anhelo

interior de un gesto de amor, de atención, que no le hago llegar solamente a través de las organizaciones encargadas de ello, y aceptándolo tal vez por exigencias políticas. Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita. En esto se manifiesta la imprescindible interacción entre amor a Dios y amor al prójimo, de la que habla con tanta insistencia la *Primera carta de Juan*. Si en mi vida falta completamente el contacto con Dios, podré ver siempre en el prójimo solamente al otro, sin conseguir reconocer en él la imagen divina. Por el contrario, si en mi vida omito del todo la atención al otro, queriendo ser sólo «piadoso» y cumplir con mis «deberes religiosos», se marchita también la relación con Dios. Será únicamente una relación «correcta», pero sin amor. Sólo mi disponibilidad para ayudar al prójimo, para manifestarle amor, me hace sensible también ante Dios. Sólo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama. Los Santos —pensemos por ejemplo en la beata Teresa de Calcuta— han adquirido su capacidad de amar al prójimo de manera siempre renovada gracias a su encuentro con el Señor eucarístico y, viceversa, este encuentro ha adquirido realismo y profundidad precisamente en su servicio a los demás. Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento. Pero ambos viven del amor que viene de Dios, que nos ha amado primero. Así, pues, no se trata ya de un «mandamiento» externo que nos impone lo imposible, sino de una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros. El amor crece a través del amor. El amor es «divino» porque proviene de Dios y a Dios nos une y, mediante este proceso unificador, nos transforma en un Nosotros, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea «todo para todos» (cf. 1 Co 15, 28).

PARA LA ORACIÓN Y REFLEXIÓN PERSONAL

1. ¿Qué predomina en mi vida consagrada: la satisfacción de poseer a Dios o el ansia de buscarlo? ¿O ninguna de las dos cosas?
2. ¿Qué imagen de la Trinidad está en mi consagración: la que sólo se deja adorar, en una relación exclusiva entre ella y yo, o la que me llama a entrar en su comunión y me hace partícipe de su misión?
3. ¿Siento que mi pertenencia a Dios me acerca a los hombres? ¿Vivo esa pertenencia-consagración como un signo al servicio de aquellos con los que la misión me relaciona, para recordarles a ellos su propia pertenencia a Dios?

“Me consagro... para procurar vuestra gloria”

1. ATE HAGO LUZ DE LAS NACIONES@

– En la liturgia de hoy encontramos el 2º Canto del Siervo de Yahvé, del 2º libro de Isaías (Is 49,1-6). Nos da la clave para la contemplación a la que les invito este día: nuestra consagración como pertenencia a Dios.

El Siervo nos expresa aquí su conciencia de pertenecer a Dios: *“Desde las entrañas de mi madre pronunció mi nombre... Desde el seno me formó para ser siervo suyo”*.

El Siervo experimenta su pobreza y su debilidad. Su fuerza reside sólo en la seguridad de que Dios lo ha llamado y enviado: *“Tú eres mi siervo, Israel, en quien me glorificaré”*; y Él está interesado en la causa que le ha encomendado: *A...que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra@*.

La fuerza del Siervo está en ese encuentro personal con su Dios. De Él es la iniciativa, mucho antes de que el hombre pudiera ni siquiera planteárselo: *“El Señor me ha llamado desde el vientre de mi madre”*.

La influencia de Dios en la vida del profeta se despliega de forma arrolladora. Es El quien va trabajando al profeta y establece con éste una intimidad especial: *“Hizo de mi boca una espada afilada, me escondió en la sombra de su mano”*.

Sin perder el carácter personal, el profeta se reconoce un simple instrumento en las manos de Dios: *“Me hizo flecha bruñida, me guardó en su aljaba...”*. Un humilde servidor de los planes de Dios: *“Me dijo: Tú eres mi esclavo, de quien estoy orgulloso”*.

Los momentos de debilidad, la tentación de abandono, se presentan: *“Mientras yo pensaba: ‘En vano me he cansado, en viento y en nada he gastado mis fuerzas’; sin embargo, cuando la experiencia de Dios se ha adueñado del corazón del hombre, una secreta confianza le sirve de fundamento: “Mi derecho está en las manos del Señor, mi recompensa en mi Dios”*.

Así es la experiencia en la que se fundamenta nuestra consagración, el signo del profeta. La experiencia de Dios, lejos de quedarse en una reflexión intelectual, agarra al hombre por dentro, lo impulsa como fuego, influye en sus decisiones, unifica su vida...; no le quita el miedo, pero le da una humilde confianza en la fuerza que lo impulsa: *“...Tanto me honró el Señor y mi Dios fue mi fuerza”*.

- Toda la vida del profeta queda convertida en signo de la salvación de Dios, toda su vida queda orientada por esta finalidad: *“Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra”*.

2. DE LA EXPERIENCIA DE CONSAGRACIÓN A LA DE PERTENENCIA.

“Me consagro enteramente a Vos”: ¿Qué hay tras esas palabras tan solemnes de nuestra fórmula de Votos? Nos ayudará a descubrir el sentido y el sentimiento que confluyen en esa expresión la reflexión que Juan Bautista de La Salle nos ofrece en la meditación 163 para la Natividad de la Santísima Virgen. Es un breve texto, lleno de dinamismo, donde la mirada se vuelve alternativamente de María a Dios y de Dios a María:

Se consagró ya entonces totalmente a Él
para no vivir, ni tener en el resto de sus días,

vida ni movimiento que no fueran ordenados a Él.
Se anonadó profundamente en lo íntimo de su alma,
porque todo se lo debía a Dios.
Admiraba en su interior lo obrado por Dios en ella,
y se decía a sí misma lo que publicó después en su cántico:
Dios ha hecho en mí cosas grandes (Lc 1,49).
Y mirándose a sí, y contemplando a Dios en ella,
asombrada de la profusión con que Dios se había derramado en su criatura,
se persuadió y aun se penetró de que todo en ella debía tributar honor a Dios,
y repetir sin cesar con David
que *hasta sus huesos* eran tan deudores a Dios
que no podían menos de exclamar:
¿Quién como Dios? (Sal 34,10)

De fondo está el Cántico del Magnificat: la criatura ha descubierto las maravillas que el Creador ha hecho en ella y, lejos de negarlas o esconderlas, se apoya en ellas para cantar la gloria del Creador.

Y por si hubiera riesgo de entender esta reacción en un sentido intimista, un “aparte” entre Dios y yo, La Salle hace ver a continuación que esa abundancia de gracia tiene un carácter ministerial: es para ser compartida, para ponerla al servicio de la Iglesia; consagración y ministerio se unen en la persona de María:

Si María recibió tal abundancia de gracias
fue para que hiciese partícipes de ellas
a los hombres que acuden a su protección.

“*Me consagro enteramente a Vos*”: no es una afirmación de tipo voluntarista, ni tampoco un alarde de generosidad; es más bien una constatación vital, hecha desde un sentimiento de contemplación que va de la persona del consagrado a la Trinidad, y que podría expresarse de esta otra forma: “Te pertenezco; todo lo que hay en mí te pertenece, y no puedo hacer otra cosa que ponerlo a tu servicio”.

3. PORQUE TE PERTENEZCO, TE BUSCO.

La consecuencia inmediata del “te pertenezco” no es “me perteneces”, sino “te busco”. El consagrado no es el que ya posee a Dios, sino el que estructura su vida en función de la búsqueda de Dios y de su voluntad.

Dentro de la misma lógica, nosotros, consagrados y consagradas, no somos los que “llevamos” a Dios a la escuela, ni somos los encargados de introducir a Dios en el proceso de maduración de los jóvenes. Simplemente hemos reconocido la educación cristiana de la juventud abandonada como la Obra de Dios, un lugar especialmente deseado por Dios para hacer crecer en él su Reino. En esta tierra hemos visto la “*zarza ardiendo*” a la que hemos de acercarnos “*descalzos*”, dispuestos a escuchar y adorar a Dios, porque esta situación plenamente profana es también plenamente sagrada. Esa es la razón de nuestra presencia en la escuela.

Nuestra propia consagración, es decir, nuestra pertenencia a Dios, nos lleva a buscar a Dios allí donde nos está llamando, en la educación de los niños y jóvenes abandonados. Si

vamos a ellos no es, primariamente, porque seamos portadores de Dios, sino porque buscamos a Dios. Él nos ha precedido y nos espera en ellos.

4. PORQUE TE HE DESCUBIERTO, TE SEÑALO.

Sabemos que nuestra búsqueda es gozosa, porque nos permite el encuentro continuado con Aquel que buscamos, no a pesar de nuestras ocupaciones, no a pesar de nuestras labores profesionales, sino precisamente en ellas.

En esto consiste nuestro carisma: en la capacidad que hemos recibido para descubrir a Dios en esta realidad humana de la educación, encontrarnos con Él y servirlo. Y, porque lo hemos encontrado, podemos señalarlo -como el profeta Juan: *“En medio de ustedes hay uno a quien no conocen”* (Jn 1,26)-, para que otros también puedan encontrarse con Él. Buscamos y encontramos a Dios en la cultura de los pueblos, donde el Verbo de Dios ha sembrado sus semillas (AG 11); sobre todo, lo buscamos y encontramos en las personas, en los pequeños, en aquellos que el mismo Cristo señaló como “sacramentos” suyos. Lo buscamos y encontramos en la creación que continúa en el proceso de crecimiento y maduración de niños y adolescentes.

Esta experiencia de búsqueda y encuentro es la fuente y el alimento de nuestra vida consagrada. Deberemos concedernos el tiempo para interiorizarla y asumirla en el día a día; sin ella nos convertimos en instrumentos inútiles para la Obra de Dios. La aptitud para leer en profundidad los signos de los tiempos, para captar tras ellos la llamada de Dios a trabajar según sus planes (cf VC 73), para descubrir la presencia de Dios en las personas y especialmente en los pobres, es fruto del cultivo de la contemplación, la cual enseña a ver las cosas y las personas como las ve Dios. Y sin lugar a duda, la oración personal es una forma esencial de esa contemplación.

5. “PARA PROCURAR VUESTRA GLORIA...”

Una expresión misteriosa, pero muy afincada en el lenguaje religioso, incluido el Evangelio. También en La Salle es frecuente. Ya al comienzo de sus Meditaciones para el tiempo del Retiro nos dice que Dios *“ha iluminado los corazones de quienes El eligió para anunciar su palabra a los niños, con el fin de que puedan iluminarlos descubriéndoles la gloria de Dios”* (MR 193,1). Y en otro lugar de esas mismas meditaciones la señala como objetivo final del ministerio que tenemos encomendado:

“Les ha llamado Dios a su ministerio con el fin de que procuren su gloria e infundan en los niños el espíritu de sabiduría y de luz, de modo que ellos le conozcan a Él y sean iluminados los ojos de sus corazones” (MR 206,1)

“Procurar la gloria de Dios” e *“infundir en los niños el espíritu de sabiduría y de luz”* ¿son dos objetivos o uno solo?

Una frase de San Ireneo de Lyon nos da la respuesta: *“La gloria de Dios es que el hombre viva”*. Oscar Romero afinaba más al decir que *la mayor gloria de Dios es que el pobre viva*. ¿Cuál, si no, puede ser la mayor gloria para un Dios que ha llegado a encarnarse para compartir la condición del hombre, y se identifica él mismo con los pobres?

El Hno. Alvaro Rodríguez, al referirse en su carta pastoral del 25-XII-2000 a la frase de Monseñor Romero, añade: *“... creo que ésta era la visión del Fundador al centrar su atención en los hijos de los artesanos y los pobres”*. Y, al mismo tiempo, nuestro Fundador tenía conciencia

que el mayor don que podemos entregar al hombre es el Dios viviente que debemos hacer visible con nuestra vida” (pág. 12).

En nuestro caso, *procurar la gloria de Dios* equivale a procurar que nuestros niños y jóvenes lleguen a realizarse lo mejor posible como personas, humana y cristianamente. (En el lenguaje de hoy, más secularizado, diríamos que “hay que darle gusto a Dios, hacerle feliz”, y ésa es la manera).

6. PARTICIPAMOS EN LA MISERICORDIA ENTRAÑABLE DE DIOS.

Nuestra consagración nos hace especialmente sensibles y aptos para participar en la misericordia entrañable de Dios. Pudiera parecer pretenciosa esta afirmación, pero a la luz de la Escritura no hay ninguna duda sobre la relación directa, casi equivalencia, entre *“la gloria de Dios”* y su *“misericordia entrañable”*. *Procurar la gloria de Dios* es participar en su misericordia entrañable, ser instrumentos mediadores de su amor, *“para iluminar a los que viven en tinieblas y sombras de muerte”* (Lc 1,79), como canta el *Benedictus*.

Otra imagen bíblica nos ayuda a profundizar este sentimiento. Nuestra consagración nos dispone un poco más para ser “ojos, oídos y corazón” de Dios. Al afirmar que le pertenecemos aceptamos esta responsabilidad. Y ya sabemos para quién tiene Dios especialmente vueltos sus ojos, oídos y corazón: para los pobres.

Recordemos el episodio de la *zarza ardiendo*, aquella zarza que ardía en el interior de Moisés sin llegar a quemarlo; el recuerdo de sus hermanos hebreos padeciendo en Egipto no le abandonaba, pero su miedo le impedía ir hacia ellos. Sólo cuando reconoce que aquella llamada es “tierra sagrada”, es voz de Dios, comienza la vuelta a pesar de sus resistencias internas. He aquí las palabras de Dios:

*- “He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto,
he oído el clamor que le arrancan sus opresores
y conozco sus angustias.
Voy a bajar para librarlo del poder de los egipcios. ...
Ve, pues; yo te envío al faraón para que saques a mi pueblo, a los israelitas.”*

Notemos la equivalencia: *“Voy a bajar a liberarlo”* y *“Ve, pues, yo te envío”*. Moisés, la zarza que ardía sin consumirse, se descubre a sí mismo como ojos, oídos y corazón de Dios. Y con este sentimiento dentro no puede hacer otra cosa que ponerse en marcha hacia sus hermanos llevándose como única garantía la presencia de Dios: *“Yo estaré contigo”*. Y como única forma de superar sus propias limitaciones, la misión compartida: *“Tu hermano Aarón hablará por tí”* (Ex 2,23-4,17).

PARA LA ORACIÓN Y REFLEXIÓN PERSONAL

1. ¿Qué experiencia tengo en mi vida religiosa de “procurar la gloria de Dios”?
2. Mi oración personal, ¿se alimenta de referencias a las necesidades de mis alumnos (si los tengo), de los niños y jóvenes a los que atiende la comunidad educativa, la Institución...?
3. La comunidad a la que pertenezco: ¿da signos de que es una comunidad “buscadora de Dios”? ¿Ayudo a ello? Y por nuestra manera de tratarnos unas a otras, ¿señalamos a Dios?

“Y a este fin, yo... (N) , prometo...”

1. “YO”: UNA IDENTIDAD CREYENTE.

¿Sentimos la densidad existencial que da sentido a esta expresión? “Yo prometo”: Es como tomar la vida entera, cargarla sobre el momento presente y ponerla en las manos a modo de ofrenda. Lo cual tiene mucho de atrevimiento, casi parece una locura; porque, ¿qué sé yo del futuro, de lo que podré desear mañana?

¿De dónde le viene a este “Yo... prometo” su posible consistencia y fiabilidad? Paradójicamente, le viene de la tensión que ahí se encierra, y sólo en la medida en que exista esa tensión. Tensión es la fuerza que se origina entre polos de signo contrario, y desaparece cuando alguno de los polos desaparece.

La tensión del “Yo... prometo” procede, por una parte, de la conciencia de mi propia fragilidad, del sentimiento de mi propia incapacidad para dominar o simplemente prever el futuro. Con sólo este polo mi promesa sería más que temeraria, absurda. El otro polo está formado por lo que ya se avanzó en la primera parte de la fórmula: la seguridad del “Amor primero” que da fundamento a mi ser, el sentimiento de pertenencia que me liga a la Trinidad, la conciencia de haber recibido unos dones que son para gloria de Dios... Y todo ello, reconocido en el contexto de mi historia personal. Sólo a partir de aquí, con esta condición, podemos decir que tras el “Yo” de la fórmula no hay sólo un nombre, sino **la identidad de alguien creyente**.

Primeramente, una identidad personal: alguien capaz de reconocerse como protagonista de una historia que tiene pasado, presente y futuro, aunque en este momento sólo pueda señalar la dirección.

Pero también una identidad creyente: el “Yo... prometo” de este momento presente necesita fundamentarse sobre una *historia de salvación* real, en la cual queda encajado, desde la cual es interpretado, como también ella resulta interpretada desde este momento presente en que formulo mi consagración.

Desde la evidencia –que sólo la fe es capaz de aportarme- de la presencia y la actuación de Dios en mi historia, puedo hacer memoria de mi vida como historia de salvación. “*Hacer memoria*” es narrar mi vida, encontrar su hilo argumental, la intriga que relaciona unos hechos con otros, descubrir la dirección que apunta al momento presente. Sin esa perspectiva, mi consagración no tiene sentido.

2. UN CORAZÓN ILUMINADO, CAPAZ DE NARRAR SU HISTORIA.

¿Qué historia me ha conducido hasta el momento presente de mi consagración? No sólo hasta aquel momento –hace “x” tiempo- en que pronuncié mi primera consagración o cuando la hice por toda la vida, sino hasta el momento presente, hoy mismo, en que actualizo mi consagración.

¿Soy capaz de poner mi vida en un relato –el número de palabras es lo de menos- donde todos los acontecimientos queden hilvanados desde la perspectiva de mi consagración?

Tras una identidad creyente –la que sostiene el “Yo... *prometo*”- hay siempre una historia personal de salvación. Pero es bueno recordar que mi historia de salvación no es la historia de mis victorias, ni siquiera la de mis fidelidades, sino la del amor de Dios en mi vida, la historia de su misericordia entrañable que ha ido llenando todos los espacios de mi ser hasta convertirme en mediadora suya. Por eso, es posible que lo primero que debamos aprender es a decir como la Iglesia en la Vigilia de Pascua: “*¡Oh feliz culpa que nos mereció tal Redentor!*”. Cuando esa exclamación sale de lo hondo de mi corazón, entonces estoy experimentando mi historia como salvación, y en ella todo queda incluido, empezando por los pecados que la empañan.

¿Cómo aceptamos la tensión en nuestra historia, la que debe existir entre las debilidades y las fortalezas? ¿Y cómo asumimos la paradoja cristiana de saber apoyarnos precisamente en nuestras debilidades, porque “*cuando soy débil, entonces soy fuerte*” (2 Cor 12,10)?

“Primer objetivo de la vida consagrada es el de hacer visibles las maravillas que Dios realiza en la frágil humanidad de las personas llamadas” (VC 20).

Recompongamos el relato de nuestra historia, hoy, y prestemos una atención especial a:

a) Las heridas:

¿Quién no lleva heridas, o no acierta a verlas? Todos venimos con heridas. Unas ya están cicatrizadas. Otras están en proceso de curación... Todo depende de si esas heridas forman parte de mi historia de salvación, y por tanto están reconocidas y asumidas. El problema está en las heridas que se han hecho llagas, quizá porque no se han reconocido y, por tanto, no se han sometido a curación.

Hay heridas que proceden del temperamento de la persona. Otras, de una experiencia negativa: un enamoramiento mal resuelto, o el aislamiento sufrido en una comunidad, o tal frustración porque no me han tenido en cuenta, no me dejaron estudiar cuando yo quería...

Otras heridas proceden del ambiente social: el consumismo de esta sociedad que nos empuja a nosotros también, la falta de sentido y aprecio por lo religioso, otros aspectos de nuestra identidad de consagrados que se ponen en duda desde fuera y provoca nuestra indecisión...

La herida no curada se proyecta en forma de resentimiento, angustia, ansiedad, necesidad de activismo, huida sistemática de la interiorización, búsqueda de satisfacciones...

¿Hay heridas abiertas en mi vida?

b) Los sueños:

¿Qué sueños se mantienen en nosotros? ¿O los hemos perdido todos? Esto sería terrible, señal de que nuestros corazones habían perdido todo resto de juventud.

Tener sueños es creer que la realidad que vemos no es lo único posible, sino que puede transformarse, mejorar. Los sueños forman una parte esencial en el advenimiento del Reino. Los sueños forman parte de la lengua que Dios utiliza para hablarnos.

Pero es necesario que vayan acompañados de una mirada atenta a los signos de los tiempos, para descubrir lo que está más allá de la realidad inmediata, descubrir la vida que quiere nacer y crear las condiciones que le sean favorables.

¿Con qué soñamos hoy? ¿Y qué signos descubrimos del Reino que sigue llegando?

c) Los dones:

¡Cuántos dones han quedado ocultos con el paso de los años! ¡Cuánta sensibilidad perdida, cuánta creatividad atrofiada, cuánta capacidad para la relación interpersonal ha sido bloqueada...!

El relato de nuestra historia debe reconocer los dones que hemos recibido, debe intentar rescatar aquellos que han quedado marginados con el paso de los años y que tal vez hoy serían más provechosos para nuestra comunidad, nuestra Institución, nuestro ministerio; y debe intentar descubrir otros que aparecen según avanza la vida o con nuevas circunstancias.

Reconocer los dones, y reconocerlos como carismas, es decir, como gracias recibidas para la misión, para construir la comunidad. Por eso Juan Bautista de La Salle nos anima a que los descubramos y, para ello, pidamos ayuda al Espíritu que nos los ha concedido: *“Rueguen, pues, al Espíritu de Dios que les dé a conocer los dones que Dios les ha concedido...”* (MF 189,1) Y en otro lugar nos advierte de la cuenta que Dios nos pedirá sobre su empleo: *“Entonces penetrará lo íntimo de su corazón y examinará si fueron administradores fieles de los bienes que les tenía confiados y de los talentos que les había dado para emplearlos en su servicio.”* (MR 205,1).

Pero no debe ser la angustia el resultante de este ejercicio de narrar nuestra vida, sino la tensión, una tensión serena, la que corresponde a una identidad consagrada en la que conviven el barro frágil de nuestra naturaleza humana y la fuerza del Espíritu que hace maravillas en nosotros. Es la tensión contenida en este mensaje de La Salle que él mismo asumió para sí en sus *Reglas que me he impuesto* (n. 14):

*"No se preocupen tanto de saber
cómo podrán ejecutar con perfección lo que tienen que hacer,
cuanto de hacerlo con toda la perfección que sepan.
Pues obrando con la perfección que saben,
merecerán aprender y saber lo que todavía ignoran.
Conténtense con lo que puedan hacer
ya que Dios se contenta con eso.
Pero no anden remisos
en lo que puedan con su gracia;
y crean que, con tal que quieran,
pueden con el auxilio de su gracia
más de lo que piensan".*
(CT 16,2,9-10)

Semana Santa 2006

Asociadas para el servicio educativo de los pobres

Miércoles Santo – 2ª

ESPIRITUALIDAD LASALLISTA, ESPIRITUALIDAD PARA LA MISIÓN

1. UNA ESPIRITUALIDAD DE LA MEDIACIÓN

La espiritualidad lasallista es la expresión del sentido profundo de aquello que vivimos cuando estamos animados por el carisma de La Salle. No se puede confundir con un conjunto de devociones.

Al buscar el sentido profundo de lo que él y los Hermanos están experimentando en sus vidas, Juan Bautista de La Salle descubre que la raíz de la asociación por ellos formada está en la voluntad salvadora de Dios: *“Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”* (1Tm 2,4); pero también en el plan de Dios de querer contar con los hombres para realizar su salvación. Ya al comienzo de sus Meditaciones para el tiempo del Retiro nos dice que Dios *“ha iluminado los corazones de quienes El eligió para anunciar su palabra a los niños, con el fin de que puedan iluminarlos descubriéndoles la gloria de Dios”* (MR 193,1).

La espiritualidad lasallista es una espiritualidad de la mediación: no busca su motivación en el deseo de ser más perfecto -en una perfección que queda centrada narcisistamente en sí misma-, sino en la necesidad de ser un buen mediador de la luz, lo mejor posible. Nos descubrimos mediadores de la acción de Dios, colaboradores de la Obra de Dios, instrumentos en las manos de Dios, ministros y representantes de Jesucristo... Todas son expresiones lasallistas que nos revelan la profundidad y el valor de nuestra misión.

Nuestra relación con Dios ya no estará al margen de la misión que Él mismo nos ha confiado, sino que será auténtica en la medida en que esté alimentada desde esta misión. Nuestra consagración, nuestra santificación, nuestra oración, estarán motivadas y estimuladas por los destinatarios de nuestra misión.

*“Pídanle, pues, insistentemente que nada les torne desagradables a sus ojos,
ya que están obligados a inspirar su amor
en los corazones de aquellos que educan.” ...*

*“Ya que fueron elegidos para procurar en su estado la santificación de los alumnos,
tienen que ser santos con santidad no común;
puesto que a ustedes corresponde comunicarles a ellos la santidad,
tanto por el buen ejemplo como por las palabras de salvación
que deben anunciarles todos los días.” (MD 39, 1-2)*

2. UN ICONO DE LA ESPIRITUALIDAD LASALLISTA: NTRA. SRA. DE GUADALUPE

Cuando Juan Bautista nos presenta a María, su manera preferida de hablar de ella no será tanto como de un objeto pasivo de devoción, sino como modelo de esa mediación que ha de caracterizarnos a nosotros:

*“Si María recibió tal abundancia de gracias
fue para que hiciese partícipes de ellas
a los hombres que acuden a su protección” (MF 163,3)*

Veamos así el icono de Nuestra Señora de Guadalupe. Un icono es una imagen para ser contemplada, y no sólo un objeto de devoción. A través de la imagen podemos intuir y sentir un misterio de fe. El icono de Nuestra Señora de Guadalupe nos revela el misterio central que alimenta la espiritualidad lasallista. En este icono contemplamos la Mujer que lleva en su seno a Jesús y quiere darlo a luz en medio de este pueblo al que viene enviada.

Viéndola a ella se despierta en nosotros la urgencia de cumplir la tarea que Dios nos ha encomendado como Instituto; como dirá La Salle, es *“la tarea de formar a Jesucristo en el corazón de los niños que tienen encomendados a su solicitud, y comunicarles el Espíritu de Dios”* (MF 80,2). Y esa es la tarea que nos urge a la oración y a llenarnos de Dios, nos insiste también La Salle.

Los dos estribillos bíblicos de la espiritualidad lasallista resuenan en esta contemplación. Uno nos recuerda el objeto de nuestra misión: *Somos embajadores y representantes de Jesucristo. Somos ministros de Jesucristo y de su Iglesia...* El otro nos remite al centro desde el cual llevamos la vida a la misión: *“Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí”* (Gál 2,20).

Luego está la mirada de María, vuelta hacia un pueblo pobre que debe ser liberado y evangelizado. Y sentimos en esa mirada los ojos de Dios en aquella escena de Moisés y la zarza ardiendo: *“He visto la aflicción de mi pueblo... Voy a bajar a liberarlo”*, para luego decirle a Moisés: *“Vete, yo te envío”*, y Moisés descubre que los ojos de Dios son de hecho sus propios ojos, los de Moisés; él es los ojos, los oídos y el corazón de Dios.

La mirada de María nos remite a esa sensibilidad que es el corazón de la espiritualidad lasallista, que no nos deja en una devoción estéril y nos saca de nosotros mismos para mirar a los niños y jóvenes cuya salvación se nos ha confiado. La Salle nos dice: *“El los mira con lástima y cuida de ellos como quien es su protector, su apoyo y su padre; pero se descarga en ustedes de ese cuidado. El bondadoso Dios los pone en las manos de ustedes, y toma sobre Sí el otorgarles cuanto le pidan por ellos...”* (MD 37,3).

María de Guadalupe es María la Evangelizadora que propone el proyecto de evangelización de su Hijo para el pueblo sencillo, e invita a participar en ese proyecto. Por ello la advocación que da nombre a su Instituto subraya todavía más, no sólo el carácter central de la evangelización en la misión del Instituto, sino también la característica central de la espiritualidad lasallista que es la mediación. Y vista de esta forma, la advocación de Guadalupe ya no puede ser vista como una devoción local, sino que se convierte en un icono universal de nuestra espiritualidad lasallista.

3. ANIMADOS POR EL ESPÍRITU DE FE. UNA ESPIRITUALIDAD LAICAL

Será preciso preguntarse en dónde obtenemos los lasallistas el sentido de lo que estamos viviendo, cuál es la raíz de la que sacamos la savia que nos nutre (frecuentemente sin saberlo), o qué fuerza nos mueve. Dicho de otra forma, cuál es la esencia de esa espiritualidad que nos acerca tanto a lo humano y nos convierte en ministros de Jesucristo.

Para responder a estas preguntas resulta muy sugerente el acudir a la experiencia de Juan Bautista de La Salle: él, siendo sacerdote y canónigo, se ve empujado a emprender un éxodo que cambia su forma de encontrarse con Dios.

1º. Comunidad y escuela: nuestros lugares sagrados

En su éxodo Juan Bautista es conducido desde el lugar sagrado, el templo de piedra, hasta el ámbito profano de una comunidad de maestros, todos ellos laicos; y, a través de ellos, al lugar tanto o más profano de la escuela, perteneciente a la cultura y a la sociedad humana.

- Desde la fe, Juan Bautista revive la experiencia original cristiana, la sacralización de la comunidad por la presencia de Jesús en medio de ella; y podrá decir a los Hermanos: *“Su comunidad es lugar santo, casa de Dios”* (MD 77,1) y *“casa de oración”* (MD 62,1).
- De la misma forma descubrirá la escuela como ámbito en el que Dios continúa la creación, pues su Palabra poderosa sigue haciendo surgir la luz, primero en los corazones de los que Él ha elegido para ser sus ministros, y a través de ellos en los niños (cf MR 193,1).

2º. El Espíritu Santo, protagonista de nuestra santificación, comunión y ministerio

En su éxodo, Juan Bautista ha salido de la compañía de los ministros sagrados y se ha reunido con este grupo de laicos que no tienen más sacramentos que los de la Iniciación cristiana. Desde la fe contempla la acción del Espíritu Santo a través de estos maestros y comprueba que el gran Don de Jesucristo a su Iglesia se hace efectivo en ellos:

- El Espíritu es el primer protagonista en la edificación de esta fraternidad: *“Jesucristo está en medio de los Hermanos para darles su Santo Espíritu, y para dirigirlos por Él en todos sus actos y toda su conducta”* (EM 2,26).
- Pero también lo es de la obra educativa que ellos realizan en la escuela (cf MR 195,2).

3º. La imagen “laical” de Dios

Contemplando lo que ha sido su propio éxodo, Juan Bautista presenta a sus Hermanos la imagen “laical” de Dios:

- el Dios de la historia, el que *“guía todas las cosas con sabiduría y suavidad, y no acostumbra a forzar la inclinación de los hombres”* (Memoria de los comienzos),
- el Dios al que se encuentra en la vida más ordinaria,
- el que está en la comunidad reunida en su nombre, no sólo en la oración sino en los demás ejercicios,
- el Dios que les espera en el corazón del quehacer escolar, el que viene a ellos en los pobres, pues son sacramento suyo
- y también el que hace de estos Hermanos sacramento suyo para los pobres.

4º. Espíritu de fe y celo: el sentido profundo que da base a nuestra vida

A partir de esta experiencia de éxodo vivida en comunidad con sus Hermanos laicos, Juan Bautista nos ha transmitido una espiritualidad que ha sintetizado en la expresión *“espíritu de fe”, “fe y celo”*:

- es una actitud existencial que engloba toda la vida, un modo de situarse en el mundo y de buscar y encontrar a Dios.
- Desde el espíritu de fe podemos revivir aquella experiencia de las raíces cristianas: con la muerte de Jesús *“el velo del templo se rasgó”* (Mt 27,51) y la presencia de Dios se expandió a todo el universo; desde entonces *“a Dios hay que adorarlo en espíritu y en*

verdad” (Jn 4,24).

- El espíritu de fe, alimentado por *la Palabra de Dios y el sentimiento de fe*, según lo propone La Salle, da a la vida espiritual un estilo relacional y dialogal con respecto a Dios, que no se reduce al tiempo de la oración y la liturgia, sino que se proyecta en la lectura de los acontecimientos y, de manera especial, en el encuentro con las personas, sobre todo en la comunidad y en la obra educativa.

5º. Nuestra consagración: un mano a mano con Dios

Animados por el espíritu de fe podemos vivir nuestro quehacer educativo como el momento privilegiado de encuentro con Dios:

- en ese momento podemos sentirnos en un “mano a mano” con la Trinidad, creando, salvando, santificando;
- en ese quehacer tan profano como sagrado experimentamos la plenitud de nuestra consagración religiosa;
- luego vendrán los tiempos de oración y celebración para profundizar esa misma experiencia, para contemplar a Dios que nos convierte en instrumentos suyos, para agradecer lo que hemos vivido, para abrirnos a sus inspiraciones y prepararnos a ser mejores ministros.

6º. Ojos para leer la acción de Dios

El espíritu de fe nos da la capacidad de leer los signos de Dios en la historia y en el mundo, y reconocer las “*semillas del Verbo*” (AG 11) en la cultura, en los pueblos, en las personas de nuestros discípulos. Y por ello nos capacita también para despertar la esperanza en aquellos a los que hemos sido enviados, y para acompañarlos en el camino hacia su realización humana y cristiana.

- Animados por el Espíritu podemos ver crecer el Reino de Dios allí donde todavía no se puede nombrar a Dios ni al Evangelio. Y podemos ser signos del Amor de Dios, que llega al hombre mucho antes de que éste pueda reconocerlo.

Para la oración y reflexión personal:

1. ¿Con qué características de la espiritualidad lasallista me siento más identificada, y por qué?
2. ¿Qué preocupación tengo por mi formación espiritual, y cómo la manifiesto? ¿Dedico un tiempo adecuado –diario o semanal- a la lectura espiritual?
3. La Palabra de Dios, ¿tiene un puesto importante en mi vida? ¿La leo a diario? ¿Me sirvo de ella para la oración personal? ¿Acudo a ella para los momentos de discernimiento?
4. ¿Hago consciente en la oración personal el obrar de Dios en mi vida? ¿Me ayuda la oración a encontrar el hilo de continuidad del querer de Dios sobre mí?
5. ¿Qué espacio doy en mi oración personal a la celebración: el gozo de estar ante Dios, su acción en mi vida, el ser –yo- presencia y testigo de Dios en el mundo...?
6. Nuestra oración comunitaria, ¿promueve la búsqueda y el encuentro con Dios, o sólo es repetidora de fórmulas? ¿Llegamos a compartir la experiencia de Dios?
7. ¿Vivimos y celebramos los acontecimientos de la comunidad y de sus miembros como “acontecimientos de salvación”, momentos fuertes de presencia y amor de Dios? ¿Cómo lo manifestamos?
8. ¿Cómo traemos a nuestra oración-celebración las tareas de nuestra misión, las preocupaciones de nuestro pueblo, las necesidades de aquellos a los que servimos...?

Semana Santa 2006

Asociadas para el servicio educativo de los pobres

Jueves Santo – 1ª

“... Unirme y permanecer en sociedad...”

1. EL NÚCLEO DE NUESTRA CONSAGRACIÓN

El núcleo de la consagración lasallista se encuentra aquí en esta formulación: *“Prometo unirme y permanecer en sociedad con las Hermanas..., que se han reunido para tener juntas y por asociación las obras de esta sociedad...”* (los Hermanos decimos: *“las escuelas al servicio de los pobres”*).

Notemos primeramente la equivalencia que se crea entre la primera y la segunda parte de la fórmula de votos: *“Me consagro enteramente a Vos”*; *“Prometo unirme y permanecer en sociedad con las Hermanas...”*. Porque la pertenencia a Dios se traduce y se encarna en la comunión con las Hermanas para la misión.

¿Cuál es el objeto directo de la promesa?

- No lo es el sostenimiento de “las obras de esta sociedad” o, en el caso de los Hermanos, “las escuelas para los pobres”; para ello podría bastar un equipo de trabajo...
- Tampoco, el empeño de una mayor perfección evangélica.
- Sí lo es *la comunión para la misión*. Aquí está el centro de la vida religiosa lasallista. El objeto de nuestra promesa es la entrada en un proceso de comunión, en un sistema de relaciones fraternales que no están basadas en la simpatía ni en el trabajo común sino en la llamada del Señor a formar *una fraternidad ministerial para la misión del Instituto*, que según se afirma en la Regla (nº 3) es la educación de niños, niñas y jóvenes, especialmente los pobres. El objeto directo de la promesa es la construcción de esta fraternidad ministerial, porque ella es signo del amor fiel de Dios a los pobres. Con esta promesa la Hermana dice que quiere entregar su vida a mantener este signo del amor de Dios a los pobres.

“...En cualquier lugar...y para desempeñar el empleo a que fuere destinado...”: Porque se trata de un *ministerio comunitario*, no individual. *“Al cumplir su ministerio, sean cualesquiera sus funciones, contribuyen a la realización comunitaria de la única misión eclesial del Instituto”* (Regla 14). La Asociación lleva consigo la complementariedad, la solidaridad de todos los que la componen para servir al fin común.

La fórmula de votos que ustedes tienen recoge el núcleo esencial de la fórmula original de la Consagración lasallista, la de 1694. El voto de Asociación que entonces hicieron Juan Bta. de La Salle y 12 Hermanos es el auténtico umbral de las Instituciones lasallistas y es también una referencia fundamental a la que hay que mirar si queremos captar lo esencial del carisma lasallista. En aquella ocasión se hace un voto explícito de asociación, como centro de toda la consagración. En el gesto de consagración se reúnen y anudan *la confianza en Dios*, a quien se atribuye el proyecto; *la solidaridad con los Hermanos*, con quienes se cuenta a la hora de realizar el proyecto; *la responsabilidad con los destinatarios* de la misión. Es una triple alianza, y en ella se expresa la peculiaridad de la consagración lasallista.

2. UNA MIRADA A LOS ORÍGENES.

2.1 Todo nace con un proyecto de fraternidad.

Hacia 1684 aquel grupo de maestros que se reunían en torno a Juan Bautista de La Salle deciden poner en marcha un proyecto de fraternidad: hermanos entre sí, hermanos para sus discípulos.

Uno de los signos más expresivos y, al mismo tiempo, más sencillos, para dar a conocer su proyecto fue el nombre que eligieron: *Hermanos de las Escuelas Cristianas*. ¿Por qué decidieron llamarse “*Hermanos*”? El motivo no tiene nada que ver con el hecho de que no fueran sacerdotes, como tantas veces se ha creído. El motivo real es doble:

– indica, en primer lugar, el tipo de relaciones que quieren crear entre sí; es un proyecto de fraternidad, un proyecto de comunión entre iguales, que tiene como modelo el cuadro que nos dibuja San Lucas en los Hechos de los Apóstoles sobre la manera de vivir de los primeros cristianos: “*Tenían un solo corazón y una sola alma... Lo tenían todo en común...*”.

– al mismo tiempo indica también la forma como quieren ser percibidos y apreciados por los alumnos, el tipo de relación educativa entre maestros y discípulos. El proyecto de fraternidad es inseparable del proyecto de una escuela que eduque según el espíritu de Jesucristo. En la construcción de una escuela fraterna los educadores realizan la primera contribución con sus personas, con su cercanía a los niños y jóvenes, con el estilo fraternal de relaciones entre ellos.

Se trata, pues, de un proyecto de *fraternidad ministerial*: una fraternidad vivida para la misión y configurada desde la misión.

2.2 El proyecto se convierte en Consagración.

Ya sabemos que aquel proyecto entró en crisis en torno a 1690. Una crisis que estuvo a punto de llevar el proyecto al sepulcro juntamente con su fundador. ¿Cómo se resolvió la crisis?: elevando el proyecto a la categoría de consagración.

La consagración que La Salle y los doce Hermanos pronuncian en 1694 atribuye expresamente a Dios este proyecto de fraternidad para la educación de los pobres: Cada uno, al consagrarse, está afirmando que el proyecto es obra de Dios:

- se compromete en el proyecto para procurar así la gloria de Dios, porque confía que Él sigue presente en esta obra y está interesado en ella;
- y por eso se une en sociedad con sus Hermanos, sintiéndose solidario con ellos para realizar la obra;
- y porque se siente responsable de los destinatarios del proyecto, los niños y jóvenes abandonados, subordina su propia realización personal al cumplimiento del proyecto por parte de la sociedad.

2.3 La consagración lasallista: una alianza con tres destinatarios.

La consagración lasallista es una alianza con tres destinatarios: Dios, nuestros Hermanos/Hermanas, los niños y jóvenes pobres a los que se destina la obra. Pero notemos bien que el nudo formado por los tres lazos se da en el marco de la sociedad (fraternidad) así

formada. Lo podemos observar claramente en la fórmula de consagración de 1694 y la que se utiliza hasta 1725:

- El núcleo de la fórmula es muy simple y muy sustancial: *la comunión para la misión*; pero en términos muy concretos: comunión con estas personas (y con las que se asocien en el futuro), para esta misión específica de la que se sienten responsables.
- El objeto de la consagración se expresa en un doble nivel: *“procurar la gloria de Dios”* y edificar la comunidad/fraternidad que tiene como fin la educación de los pobres. La consagración unifica ambos fines, o más bien los hace equivalentes. Es la máxima expresión de la unidad de vida del Hermano.
- El compromiso consiste en *“unirse y permanecer en sociedad con los Hermanos...”*, y se desglosa luego en tres votos: *asociación, estabilidad y obediencia*. Cada uno de ellos refuerza un aspecto de la comunión para la misión. Obsérvese que los tres votos, dirigidos a Dios, tienen como destinatarios directos a los Hermanos con los que se asocia, es decir, la comunidad, y no la proyección apostólica propiamente dicha, aunque ésta sea la finalidad de aquélla. El cumplimiento de los votos se realiza, pues, a través de los Hermanos con los que se constituye la asociación.

2.4 El resultado: una fraternidad ministerial.

El resultado inmediato de la consagración lasallista es una fraternidad en la que sus miembros están plenamente disponibles para construir la comunidad y para el cumplimiento de su finalidad, no sólo en el ámbito local sino también en el universal. En cierto sentido, la consagración rompe la limitación de la comunidad en el espacio y en el tiempo.

En la fórmula de votos de 1694 no se mencionan los consejos evangélicos en los que se fundamentan los tres votos clásicos de la consagración religiosa; están, sin embargo, implícitos en la disponibilidad radical que la persona ofrece como actitud básica de la consagración. Pero, ¿por qué esa ausencia? Lo que nuestra primera comunidad lasallista, con su Fundador al frente, intuyó que constituía el núcleo central de su vida consagrada era *la comunión para la misión* (que, dicho sea de paso, es el núcleo central del Evangelio, como de la identidad de la Iglesia). El acento no está puesto en la búsqueda de la perfección evangélica, sino en *la fraternidad ministerial para la educación de los pobres*. Estaban convencidos de que contribuían a procurar la gloria de Dios en la medida en que se dedicaban a edificar este tipo de fraternidad, a la cual no tenían reparo en identificar como la obra de Dios. Ese era el signo existencial que estaban viviendo con intensidad, y eso mismo es lo que convierten en signo oficial en su fórmula de consagración.

En los 25 años que transcurren entre 1694 y su propia muerte, el Fundador no cambia la fórmula de votos. Sólo después, cuando los Hermanos están buscando el reconocimiento eclesial de su vida religiosa, someten la expresión de su consagración (la fórmula de votos) a los formalismos canónicos, desposeyéndola de su originalidad. Se perdió así una gran oportunidad de enriquecer la vida religiosa con un nuevo enfoque. Ciertamente, la nueva identidad religiosa estaba ya introducida en la Iglesia, pues era obra del Espíritu Santo, pero su originalidad no se había captado. Quedaba, pues, un riesgo latente para estos nuevos “religiosos” asimilados al esquema tradicional de la vida religiosa: que si, de hecho, estaban viviendo un tipo de vida religiosa ministerial en conformidad con su carisma, en cambio, no podían expresar su experiencia en términos propios sino prestados de categorías ajenas.

3. EL VOTO/PROMESA DE ASOCIACIÓN, EXPRESIÓN DE LA CONSAGRACIÓN LASALLISTA

Con la perspectiva que tenemos hoy de nuestros comienzos y del pensamiento de Juan Bautista de La Salle, con la luz que nos viene de la reflexión actual de la Iglesia sobre nuestro propio misterio y sobre el significado de la Vida Religiosa, podemos afirmar que el Voto de Asociación hecho por la Salle y los Hermanos en 1694 y en los años siguientes representaba la identidad del Hermano, así como el carisma y la finalidad del Instituto. Un voto, especificado con tres facetas: asociación, estabilidad, obediencia.

Hoy, tanto la fórmula de consagración de los Hermanos como de las Hermanas, recoge la promesa de asociación en su parte central. Los Hermanos, desde 1987, la expresan también en la tercera parte de la fórmula como un voto.

3.1 Expresión de nuestra unidad de vida.

El voto de Asociación significaba para el Hermano (y tendrá que volver a significar) la unidad de su vida consagrada: la alianza con Dios, con sus Hermanos, con sus discípulos, esa era su consagración; cada uno de esos lazos le remitía a los otros dos. Y el Fundador se lo recordaba de muchas formas:

- *“No hagan diferencia entre los deberes propios de su estado y el negocio de su salvación y perfección”* (CT 16,1,4).
- *“Pues el celo ardiente de salvar las almas de los que tienen que instruir, es lo que ha debido moverles a ustedes a sacrificarse...”* (MR 201,3).

3.2 Expresión de la complementariedad entre los Hermanos/Hermanas.

El voto de Asociación es la manera lasaliana de expresar la comunión. Y comunión es vivir en la unidad, en complementariedad, cosa muy diferente de la uniformidad. Puesto que la finalidad de esta asociación corresponde, no a cada persona en particular, sino al cuerpo de la sociedad, cada una acepta realizar la función que se le encomiende, en complementariedad con las demás, sabiendo que “al cumplir su ministerio, sean cualesquiera sus funciones, contribuyen a la realización comunitaria de la única misión eclesial del Instituto” (Regla HGS 14).

El voto de Asociación nos recuerda que nuestra complementariedad con los otros Hermanos/Hermanas no consiste en hacer nuestra tarea de manera individualista, al margen de los otros, por bien hecha que esté, sino en corresponsabilidad con nuestros Hermanos/Hermanas “quienes se comprometen a trabajar juntos por el crecimiento y la fidelidad del Instituto” (Regla HGS 163).

3.3 Expresión de nuestra fraternidad.

“Prometo unirme y permanecer en sociedad con...” Ese es el objeto directo de la promesa. En el fondo de estas palabras resuenan las de La Salle en la meditación 39,3: *“Pidan, pues, al Dios de los corazones, que del de ustedes y del de sus Hermanos forme uno solo en el de Jesús”*. Este es el sueño de Jesús, lo que pide al Padre como una gracia especial para sus discípulos, como herencia que desea dejarles; y es lo que pide a sus discípulos como la señal en que serán reconocidos como tales.

“La vida consagrada posee ciertamente el mérito de haber contribuido eficazmente a mantener viva en la Iglesia la exigencia de la fraternidad como confesión de la Trinidad” (VC

41), pero esto resalta más aún, si es posible, en los Hermanos y Hermanas, que recuperan así la originalidad de la Vida Religiosa, que surge como una fraternidad laical.

Pero, lejos de ser solamente un lazo interno, la consagración por el voto de asociación es un dinamismo de alianza que se despliega en círculos concéntricos desde el interior de nuestra comunidad, y nos asocia con todos aquellos que se comprometen en el servicio educativo de los pobres desde el carisma lasaliano.

3.4 Expresión de la misión que motiva nuestra consagración.

No se trata de una simple “actividad apostólica”, sino de la finalidad, el motivo central por el que nos hemos consagrado, que es dar respuesta a las necesidades de una juventud pobre y alejada de la salvación. El voto de Asociación nos recuerda que la comunidad no existe para sí misma, sino que está en función de la misión. También aquí la reflexión eclesial actual sobre la Vida Religiosa nos ayuda a recuperar sin miedo lo que nuestros Hermanos de los orígenes expresaban sin demasiado razonamiento teológico, pero movidos por el carisma: que la misión es una parte esencial de la vida consagrada (cf. VC 72).

Consagración y envío (o misión) son dos caras de la misma vida o identidad, como se nos revela en aquel pasaje de Isaías que Jesús hace suyo ante la Sinagoga de Nazaret, y en el que tampoco queda duda sobre quiénes son los destinatarios preferidos de su ministerio: *“El Espíritu de Dios me ha ungido y me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres...”* (Is 61,1-2; Lc 4,18-19).

3.5 Expresión del ministerio lasallista.

El ministerio, en sentido pleno, no se identifica con la función o tarea que alguien realiza, y que forzosamente estará limitada a una parte de la vida. No se reduce, pues, en nuestro caso, a la tarea educativa. “Ministerio” se refiere a toda la identidad, asumida por una persona y reconocida en la Iglesia. El ministerio lasallista es equivalente a toda nuestra identidad como servicio a la Iglesia, y está significado por el voto/promesa de Asociación: un ministerio comunitario por el que, juntos y por asociación, construimos la fraternidad para el servicio de los pobres por la educación.

Preguntarse, pues, por cómo podemos cumplir hoy el voto/promesa de Asociación, es equivalente a preguntarse a cómo podemos realizar hoy nuestro ministerio, a los 25, a los 50, a los 70, a los 90 años...

3.6 Luz que aclara el sentido de los restantes votos.

En la tercera parte de su fórmula de consagración se dice: “Por lo cual, ... prometo y hago voto...”. La justificación de los votos que se expresan a continuación está en la parte anterior.

A la luz del voto/promesa de Asociación se ha de comprender el sentido que los otros votos tienen en nuestra identidad. Y también: cada uno de los otros votos subraya o explicita un aspecto que está implícito en el voto/promesa de Asociación.

- Por el *voto de castidad* los Hermanos y las Hermanas recuerdan y profesan que, por vocación y misión, están llamados a ser expertos y promotores de comunión. Su celibato consagrado debe ser el signo de la sobreabundancia de gratuidad y de amor que expansiona su fraternidad ministerial y convoca a otras personas a vivir la comunión para la misión (cf. VC 46 y 105).

- Por el *voto de pobreza* los Hermanos y las Hermanas se hacen más disponibles para construir la fraternidad y desarrollar el ministerio al que han sido llamados. Antes que la carencia de cosas externas, experimentan y reconocen la propia pobreza, la debilidad y limitaciones personales. Es esa pobreza la que les abre a los otros y les hace vivir necesitados unos de otros. Complementariamente, tanto de forma personal como comunitaria, alimentan la experiencia de ser un don para los demás, y de vivir los dones recibidos como dones para la misión.

- Por el *voto de obediencia* los Hermanos y las Hermanas aportan el signo y, a veces, también la prueba de la comunión para la misión. La obediencia refuerza y hace posible el lazo de asociación que une a las personas entre sí, y a las comunidades con el cuerpo del Instituto, en orden a realizar eficazmente el servicio educativo de los pobres. Por obediencia y solidaridad, cada uno da prioridad al proyecto común sobre el proyecto personal, y subordina sus propios intereses a la realización de la misión comunitaria.

- En conjunto, nuestra fórmula de consagración expresa nuestra voluntad de ser fieles a las personas concretas con las cuales nos une nuestra consagración: fieles a Dios, en cuya fidelidad confiamos y a quien atribuimos la obra que llevamos entre manos; fieles a nuestros Hermanos y Hermanas, con quienes nos solidarizamos para realizar dicha obra; fieles a los destinatarios de la obra, los niños y jóvenes pobres, de cuya salvación nos sentimos responsables.

Semana Santa 2006

Asociadas para el servicio educativo de los pobres

Jueves Santo – 2ª

“... Se han reunido... juntas y por asociación...”
Consagradas-Asociadas en/por la comunidad

1. JUEVES SANTO: EL MANTO Y LA TOALLA. EL PODER DE SERVIR

Pongamos hoy en el centro de nuestra contemplación el “icono del manto y la toalla”. El protagonista de este icono es Jesús en ese momento que el Evangelio de Juan introduce de una forma tan solemne: “... *Habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, llevó su amor hasta el fin*” (Jn 13,1). Luego, Juan nos representa la escena de una manera sobria pero precisa:

“Entonces Jesús, ... se levantó de la mesa, se quitó el manto, tomó una toalla y se la ciñó a la cintura. Después echó agua en una palangana y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla que llevaba a la cintura.” (13,4-5)

Recordemos el significado bíblico del manto: la propia identidad, la personalidad...: “Se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos” (Flp 2,6-7).

Es el gesto que reemplaza en el Evangelio de Juan a la institución de la Eucaristía en los Sinópticos. Y de la misma forma, es el gesto que mejor representa la comunión de Jesús con sus discípulos, y la que El desea que exista entre sus discípulos.

La importancia del acto la pondrá de manifiesto el evangelista cuando Jesús se encuentra con el “antagonista” de la escena, Pedro, que no entra en el significado del acto y, sobre todo, que no se deja convertir por ese significado: *“Lo que estoy haciendo, tú no lo puedes comprender ahora; lo comprenderás después.”* (13,7)

La escena se termina con la misma precisión descriptiva, para dar a continuación las claves de ella:

“Después de lavarles los pies, se puso de nuevo el manto, volvió a sentarse a la mesa y dijo a sus discípulos:

-¿Comprenden lo que acabo de hacer con ustedes? Ustedes me llaman Maestro y Señor, y tienen razón, porque efectivamente lo soy. Pues bien, si yo, que soy el Maestro y el Señor, les he lavado los pies, ustedes debéis hacer lo mismo unos con otros. Les he dado ejemplo, para que hagan lo que yo he hecho con ustedes.” (13,12-15)

Las claves están simbolizadas en el icono por el cambio de lugar y de vestimenta del Protagonista: sentado a la mesa, a los pies de los discípulos, y de nuevo sentado a la mesa; el manto, la toalla, y de nuevo el manto.

Veamos la escena con los ojos de Pedro: ¿qué significa ese manto de Jesús, antes y después de estar lavándole a él los pies? Antes, Pedro ve el puesto de honor, el poder de dominar, de estar por encima, de ser servido, de tener el privilegio de la palabra... Después ve el poder de servir, de lavar los pies, de poner en camino, de producir comunión... Y sólo después puede entender lo que ha de significar su propio manto: *“...que hagan lo que yo he hecho con ustedes”*.

En este momento queda instituido el Ministerio en la Iglesia. Después, a lo largo de la historia de la Iglesia, vendrán tantas y tantas formas de corromper el ministerio, sacralizándolo, reduciéndolo al del sacerdocio, haciendo desaparecer la toalla o convirtiendo ésta incluso en un instrumento de adorno para el ministro...

2. NUESTRA COMUNIDAD: PROFECÍA DE FRATERNIDAD

Si hay algo que llame profundamente la atención en la consagración lasallista es su marcado sentido comunitario. Basta fijarse en el objeto explícito de la promesa, los verbos y adjetivos empleados en la parte central de nuestra fórmula de Votos. La expresión recoge esa característica profética de nuestra identidad que es la fraternidad.

Nuestro ministerio eclesial tiene como núcleo de identidad el ser “profetas de fraternidad”. Lo peculiar de nuestra profecía viene por ser “consagrados en comunidad”. De hecho, la consagración lasallista sólo encuentra su pleno sentido desde el interior de la comunidad. Nace y se desarrolla en ella. Hay una relación directa y recíproca entre la consagración de la Hermana o del Hermano y la comunidad consagrada. Notemos, sin embargo, que la comunidad no es consagrada porque haga votos. Los votos son hechos por los individuos particulares como una manera de señalar su pertenencia a la comunidad consagrada; pero, salvo requerimientos canónicos, no son estrictamente necesarios para esa pertenencia, como ha sucedido en una buena parte de la historia del Instituto FSC. No son los votos los que hacen que un individuo sea percibido por el pueblo como consagrado, sino su

pertenencia a una comunidad consagrada. Y éste es el criterio definitivo que constituye a la Hermana en *consagrada*, signo de Dios ante su pueblo: la comunidad es quien nos consagra para la misión, antes que el gesto y la fórmula de consagración.

Estas afirmaciones se pueden iluminar fácilmente desde la doctrina de Juan Bautista de La Salle. Para él la comunidad de los Hermanos se construye desde el protagonismo de Jesús. Lo describe en una hermosa página de la *Explicación del Método de Oración* (EM 2,24-38): Jesucristo está en medio de la comunidad edificándola y conduciéndola a su finalidad, que no es otra sino la misión educativa. Simultáneamente, al mismo tiempo que promueve la cohesión entre los miembros de la comunidad, conduce a cada uno al logro de su propia identidad, según *"el espíritu de su estado"*.

La descripción sigue un orden que centra todo el dinamismo de la comunidad sobre el gran Don que le concede Jesucristo, su Santo Espíritu:

"Está en medio de ellos para darles su Santo Espíritu, y para dirigirlos por Él en todos sus actos y toda su conducta" (EM 2,26)

Con la persona del Espíritu va asociado el espíritu característico de esta comunidad, es decir -podemos traducirlo así-, **el carisma** por el que esta comunidad posee una identidad específica en la Iglesia para el desarrollo de la misión que se le ha encomendado. Este carisma crece en el interior de la comunidad al mismo tiempo que la vida de fe de sus miembros y su mutua unión, enraizados en la Palabra de Dios. La Salle va enumerando los componentes internos del carisma resaltando su peculiaridad de don:

*A*Está en medio de ellos para unirlos, ...
Es decir, que todos sean de tal modo uno y tan unidos entre sí, por la unidad de un mismo Espíritu, que es el Espíritu de Dios, que jamás puedan desunirse.
Jesucristo está en medio de los Hermanos en sus ejercicios para darles el espíritu de su estado, y para mantenerlos y afianzarlos en la posesión de ese espíritu...
Jesucristo está en medio de los hermanos para enseñarles las verdades y las máximas del Evangelio; para infundirlas profundamente en el corazón de cada uno, y para inspirarles que hagan de ellas la regla de su vida; ...
Jesucristo está en medio de los Hermanos para moverlos a que practiquen con uniformidad en su Sociedad las mismas máximas del Evangelio, a fin de que conserven siempre entre sí entera y perfecta unión@ (EM 2,27-30)

La progresión de este dinamismo así descrito por La Salle, va orientando la vida y la acción de la comunidad hacia Cristo, representado *como el sol*,
Aque no sólo comunica a las plantas la virtud de producir, sino que da también a los frutos la bondad y perfección, que es mayor o menor según estén más o menos expuestos a los rayos del sol" (EM 2,32).

Es una comunidad de fe reunida por y para la misión; por tanto, lo mismo la vida interna de la comunidad que su proyección sobre la misión educativa, deben tener como punto central de referencia al propio Jesucristo:

"Así es como los Hermanos hacen sus ejercicios y las acciones propias de su vocación con mayor o menor perfección,

en proporción de la mayor o menor referencia, convergencia y unión con Jesucristo" (EM 2,32).

Al final, a modo de síntesis, vuelve a recordarnos que todo este dinamismo constructor de la comunidad está personalizado en el Espíritu Santo y se orienta hacia la misión, la vocación propia de la comunidad.

"Y es este mismo Espíritu Santo quien anima nuestras acciones y es en ellas un Espíritu de vida, y hace que no sean en nosotros acciones muertas, no sólo en cuanto acciones cristianas, sino tampoco en cuanto acciones propias de nuestra vocación y perfección, que piden en ellas una perfección particular" (EM 2,36)

3. UN TESORO EN VASOS DE BARRO

El don de la comunidad es un tesoro que se nos ha regalado, pero en vasos de barro que son nuestras propias personas. Y ahí comienza nuestro esfuerzo. Con realismo. Porque esta fraternidad que anima el Espíritu es algo muy real, formada por personas con muchas limitaciones. La Salle emplea algunas meditaciones para describir la comunidad, y se ahorra los tonos idílicos:

"En efecto, la comunidad sin amor y unión es un infierno: el uno, por su parte, murmura; el otro desacredita a su Hermano por estar ofendido con él; éste se incomoda contra alguien que le amarga la vida; aquél se queja a su superior de algo que cierto Hermano ha hecho contra él. En resumen, no se oyen más que lamentos, críticas, maledicencias; de donde resultan muchas turbaciones e inquietudes..." (MD 65,1)

...También con realismo se refiere a las dificultades que se habrá de vencer para que la caridad sea auténtica, y la necesidad de recurrir al auxilio de la gracia, sin la cual no es posible aquélla:

"No es posible que vivan juntas varias personas sin que hayan de soportarse entre sí. El uno será de temperamento difícil, el otro de humor contradictorio; éste tendrá modales poco delicados; aquél, genio antipático, y el de más allá, excesiva condescendencia; quién manifestará con excesiva facilidad lo que piensa; aquel otro se mostrará en extremo reservado y cauteloso; éste será fácil a la crítica. Raro será que tales diferencias de condición e índoles tan distintas no acarreen dificultades entre los Hermanos; de modo que, si la gracia no acude con su ayuda, resulta casi imposible que se avengan unos con otros, y que la caridad no sufra gravísimo detrimento" (MD 74,1)

...Habrá, pues, que aceptar como algo normal el sufrimiento causado por los Hermanos/Hermanas en la vida común, y "no pedir milagros":

"No sean, pues, tan poco cuerdos, tan poco razonables y tan poco cristianos que pretendan no tener que sufrir de los hermanos cosa alguna; exigirían verdaderamente con ello uno de los milagros más inauditos y singulares. Luego, no esperen tal cosa a lo largo de toda su vida." (MD 73,2)

4. CONSTRUIR ITINERARIOS COMUNITARIOS

Es llamativo observar que Juan Bta. de La Salle no se preocupa en absoluto por obtener la aprobación pública del Instituto y de sus estatutos, y esto a pesar de la insistencia de algunos Hermanos. En cambio, gasta su energía en lograr que los Hermanos desarrollen lazos fraternos entre ellos, que se ayuden mutuamente al crecimiento espiritual y adquieran una mayor competencia profesional. Y sobre todo eso, que el espíritu dé vida a las estructuras establecidas tanto para el servicio a la misión como para el desarrollo de la comunión.

Con formas religioso-culturales de su época, La Salle dota a su comunidad de unas dimensiones que han de caracterizar a la auténtica comunidad cristiana:

una comunidad que comparte su fe y vive la conversión como proceso;
que practica la corrección fraterna, que celebra el perdón y la reconciliación,
que experimenta la comunión y discierne comunitariamente la misión que ha recibido.

Es necesario crear lazos para llegar a la comunidad: *"Crear lazos"*, le dice el zorro al Principito, en la obra de Saint-Exupéry, para explicarle cómo se fragua una amistad. Para ello se necesita... ¡tiempo!. *"¿Qué hay que hacer? -dijo el Principito. -Hay que ser muy paciente -respondió el zorro-. Te sentarás al principio un poco lejos de mí, así, en la hierba. Te miraré de reojo y no dirás nada. La palabra es fuente de malentendidos. Pero, cada día, podrás sentarte un poco más cerca..."*

Si queremos formar una comunidad, creemos lazos:

Lazos que nos permitan sentirnos -humanamente- reconocidos, aceptados, valorados, queridos. Lazos de amistad, en definitiva.

Lazos que nos hagan valorar y compartir la fe común, la misma dependencia del Espíritu que nos guía, la misma fuerza espiritual en la Eucaristía que nos une...

Lazos que den lugar a un lenguaje común, desde la lectura y reflexión de la Palabra,...

Lazos que provoquen nuestra responsabilidad compartida en la misión ante las necesidades de niños y jóvenes,...

Lazos desde el corazón y la memoria de La Salle, que nos descubran el sentido de lo que somos y hacemos...

Para la oración y reflexión personal:

1. Desde el icono del manto y la toalla: ¿entendemos lo que es el poder de servir, como algo específico de nuestra identidad de Hermanas? ¿Entendemos eso de ser "expertas en comunión", y ofrecemos a los seglares con los que trabajamos la experiencia, no la erudición, de la fraternidad?
2. ¿Qué me entusiasma, qué me estimula más en mi experiencia de la vida comunitaria? ¿Y lo que más me duele, lo que más me desanima?
3. ¿Qué ayuda encuentro en la comunidad para desarrollar mi itinerario como Hermana? ¿Y qué ayuda presto yo a mis Hermanas de comunidad, especialmente a las jóvenes?
4. ¿Qué actitudes y prácticas debemos dejar atrás, cuáles deberíamos asumir, y cuáles reforzar para vivir un itinerario evangélico en comunidad, más auténtico?
5. ¿Qué práctica tenemos en la comunidad en cuanto a:
 - a. el acompañamiento personal

- b. la corrección fraterna
- c. compartir la experiencia de Dios
- d. compartir el descanso y el tiempo de ocio

Semana Santa 2006

Asociadas para el servicio educativo de los pobres

Viernes Santo – 1ª

Consagradas-Asociadas para la Misión La experiencia de sentirse ministro/a de Dios

1. LA OBRA DE DIOS: EL CENTRO DE ATENCIÓN.

La "Obra de Dios" es el eje sobre el que gira la vida y los escritos de Juan Bautista de La Salle. Es como el tesoro escondido por el que ha vendido toda su hacienda y al que dedica toda su energía. Y la parcela que el Señor le ha encomendado en su Obra coincide con "el establecimiento y guía" de la Comunidad para las escuelas al servicio de los pobres. De ahí ese "no hacer distinción...": La historia personal se funde con la Historia de la Salvación. En todo lo que ocurre, en las relaciones vividas, en el itinerario personal que se entrelaza con el de los otros en la comunión para una misión, reconoce que es Dios quien salva, es Dios quien realiza su Obra; por eso se abandona en sus manos:

"Consideraré siempre la obra de mi salvación y del establecimiento y guía de nuestra Comunidad como obra de Dios: y así le confiaré su cuidado para no hacer sino por sus órdenes cuanto me concierne respecto de ella; y le consultaré constantemente sobre cuanto haya de hacer, tanto respecto de una como de otra; y le diré a menudo estas palabras del profeta Habacuc: Domine, opus tuum." (JBS, Reglas que me he impuesto, n.8).

En este núcleo está contenido el sentido de la misión por la que nos hemos consagrado y asociado.

"Las Hermanas se consagran a Dios para dedicarse al ministerio apostólico de la educación, según el carisma de san Juan Bautista de La Salle". (Regla, 2)

"Juntas y por asociación trabajan en esta obra salvadora, entregadas a un empleo en el que "los pobres son evangelizados", y en el que los jóvenes crecen como personas humanas y como hijos de Dios. Desde la fe alaban a Dios cuando ven que así se extiende su Reino". (Regla, 18)

2. LA EXPERIENCIA DE J.B. DE LA SALLE: SOMOS INSTRUMENTOS DE LA SALVACIÓN DE DIOS.

Aquel episodio del itinerario lasaliano que culminaría en la renuncia de Juan Bautista a la canonjía y a su fortuna (1682-84), nos ofrece la clave para comprender el sentido de una importante faceta de nuestra identidad y espiritualidad.

Interpelado por los maestros, que le echan en cara su seguridad económica, Juan Bautista comienza un largo discernimiento en el que consultará, entre otros, con el P. Barré. Y éste le ayuda a leer el acontecimiento a la luz de la Palabra. La Palabra cobra entonces fuerza y realismo; iluminado por ella, Juan Bautista adquiere una de sus convicciones más profundas, la que está en el origen de las opciones que enseguida va a tomar: el Misterio de Salvación que el Hijo del Hombre ha encarnado en su vida, se está cumpliendo ya en la existencia de estos maestros dedicados a los niños pobres; aunque ellos, los maestros, todavía no sean conscientes de que son portadores de salvación. En adelante, Juan Bautista dedicará lo mejor de su vida y de sus energías a ahondar la capacidad ministerial de esos maestros, convertidos ya en "Hermanos".

Empezará por trabajar en sí mismo esa conciencia ministerial, según lo testimoniará en su "proyecto personal" (Reglas que me he impuesto):

"...Si me considero como lugarteniente de Dios respecto de ellos, será con la idea de que estoy obligado a cargar con sus pecados, lo mismo que Nuestro Señor ha cargado con los nuestros, y que es una carga que Dios me impone en relación con ellos." (n.7).

Juan Bautista va teniendo la experiencia de que, a través de su propia persona y de los maestros con los que se ha unido, Dios ama a "los hijos de los artesanos y de los pobres", y quiere salvarlos; y por ello "ha iluminado los corazones de los que Él eligió" para ser sus ministros (cf. MR 193,1).

Animado por esa convicción experiencial, que no "razonamiento lógico", busca y crea estructuras que contribuyan a salvar y liberar: gratuidad escolar, formación de los maestros, pedagogía adaptada a los niños, actitudes "ministeriales" en los maestros, consagración, carácter absolutamente laical de los Hermanos, Seminarios de Maestros rurales, instrucción y prácticas religiosas para formar en la vida cristiana, etc.

3. EL EJE QUE DA UNIDAD A NUESTRA VIDA.

Tras esta experiencia de fe está de fondo la imagen del Dios que se ha hecho hombre entre los hombres, Jesucristo, y llama a cuantos quieran seguirle para colaborar en su proyecto de salvación. En Juan Bautista de La Salle crece la conciencia de estar colaborando en la Obra de Dios, obra de salvación. Se descubre (él y sus Hermanos) mediador, ministro, representante de Cristo para aquellos a los que han sido enviados.

De esta experiencia sale un segundo eje de la espiritualidad lasaliana, el más atrevido tal vez, pero también el que contiene la aportación más genuinamente "cristiana". Consiste, sencillamente, en vivir la encarnación de Dios:

reconocemos su presencia entre los hombres,
y especialmente en los más desgraciados.

Y nos sentimos presencia suya,
enviados por Él como testigos,
instrumentos en sus manos.

Más aún, con su encarnación Dios ha asumido las faenas de este mundo;
se ha roto, pues, la frontera entre lo sagrado y lo profano.

Por eso este eje aporta la auténtica unidad de nuestra vida.

La conciencia de ser mediador/a de la salvación de Dios, se ha de adueñar de toda nuestra vida hasta condicionar totalmente nuestra propia realización como cristiano/a: no se es cristiano "en abstracto", a lo que se añade luego la categoría de "ministro de la Palabra", sino

que el Hermano y la Hermana se realizan como cristiano/a en la historia de su vida, siendo ministro, representante de Cristo, en su misión ante los niños y jóvenes.

"Las Hermanas viven su fe como un don recibido para el ejercicio de su ministerio. Desde la fe contemplan a Dios que los elige para ser portadores de su salvación entre los más pobres." (Regla, 18).

Como todo cristiano, la Hermana habrá de introducirse y avanzar en este movimiento de "aproximación" a Jesús, de identificación con Él. Pero la motivación última que La Salle nos propone no será la propia perfección, ni el hecho de estar "consagrado/a", sino los jóvenes para los que representamos a Cristo, para quienes estamos actuando el Misterio de Salvación; los jóvenes a quienes hemos sido enviados nos descubren el sentido auténtico de nuestro ser de cristianos y de consagrados ("*Yo por ellos me santifico...*" cf. Meditación 39,2). Por ellos nos descubrimos a nosotros mismos formando parte de la historia de la salvación, interviniendo como "instrumentos" libres, fieles y creativos en la realización del Plan de Dios, en su Reino.

"Toda la vida de las Hermanas se transfigura por la presencia del Señor que llama, consagra, envía y salva." (Regla, 19)

4. EL DESCUBRIMIENTO DEL MINISTERIO.

Desde la fe leemos nuestra acción educadora como una forma de hacerse presente el Reino de Dios.

A Dios hay que servirlo allí donde lo descubrimos. Él se hace presente de mil formas diferentes en nuestro mundo; por eso también habrá mil formas diferentes de servir a Dios. También es cierto que El tiene sus preferencias y predilecciones a la hora de encarnarse, según lo ha revelado tan frecuentemente: prefiere los pobres, los marginados, las situaciones de injusticia, los niños, los débiles, los enfermos,... es decir, todos aquellos que más necesiten ser liberados, salvados. Por eso es en ellos donde más quiere ser servido.

Cada una de esas manifestaciones de Dios requiere una especial sensibilidad para percibirla como "lugar teológico" para mí: Dios se me acerca y me llama en estas circunstancias concretas de la historia. Cada uno ha de preguntarse por la "*zarza ardiendo*" a la que debe acercarse "*descalzo*", dispuesto a adorar a Dios en ese lugar y servirlo, porque en ese lugar será enviado a salvar a su pueblo.

La "*zarza ardiendo*" es esa situación de necesidad que despierta en mí una inquietud: algo me empuja a acercarme a ella. A medida que me acerco, me voy dando cuenta que es Dios mismo quien me empuja a comprometerme (todo esto, desde la experiencia fundante de la fe), y que *es el quien ve por mis ojos, quien oye por mis oídos, quien se conmueve en mi corazón...* Me descubro enviado por El, al tiempo que encuentro en mi persona los dones necesarios para responderle. Ese es mi carisma, la gracia de Dios que me permite reconocerlo y me lanza a servirlo, aunque en mi miedo alegue "tartamudez", como Moisés. Es, precisamente, esta conciencia de mi limitación la que me lleva a compartir la misión con otros: "*Tu hermano Aarón hablará por tí*". La garantía del carisma es ésta: "*Yo estaré contigo*" (cfr. Ex 3,1-17).

Pues bien, Juan Bautista de la Salle y los primeros Hermanos encuentran su "*zarza ardiendo*" en el mundo de los niños necesitados de educación. Resultan "heridos" por la llamada de Dios en la maduración humana y cristiana de los niños, y se ven urgidos a servirlo en esa situación. Ellos lo describen así en la Regla original:

"Este Instituto es de grandísima necesidad, porque estando los artesanos y los pobres ordinariamente poco instruidos, y ocupados todo el día en ganar su sustento y el de sus hijos, no pueden darles por sí mismos las instrucciones que necesitan, y una educación honrada y cristiana.

Procurar esta ventaja a los hijos de los artesanos y de los pobres, tal ha sido el motivo por el cual se han instituido las Escuelas Cristianas". (Reglas de 1718, 1.5)

A partir de ese momento, el mundo de la educación cristiana se ha convertido para La Salle y los Hermanos en "situación ministerial", es decir, "situación histórica en que Dios se les manifiesta y en la que ellos sirven al Dios encarnado en los niños y jóvenes". La Salle también lo dirá frecuentemente en sus meditaciones:

"Reconozcan a Jesucristo bajo los pobres harapos de los niños que instruyen; adórenle en ellos; amen la pobreza y honren a los pobres, a ejemplo de los Magos... Que la fe les mueva a hacerlo con amor y celo, puesto que ellos son los miembros de Jesucristo" (Med. 96,3, para el día de la fiesta de la Adoración de los Reyes).

En esa "situación ministerial", uno mismo pasa a actuar como "representante" de Dios, pues es Dios quien lo envía. Este será uno de los temas más recurridos por La Salle, de manera especial en sus "Meditaciones para los días de retiro" (cf. MR 195,2).

Pero pongamos atención a la clave: no se trata de "sacralizar" una situación profana refiriéndola a lo divino o lo religioso. La educación, aunque sea "educación cristiana", sigue siendo una situación "profana", es decir, referida al ámbito de la cultura y la maduración humana. La clave que hemos introducido consiste en descubrir la "sacramentalidad" de una situación humana: entrar en su "transparencia" de lo divino, porque Dios se ha encarnado en nuestro mundo. Desde esta clave podremos percibir el sentido de nuestro ministerio laical: ser signo de la presencia de Dios en el ámbito de lo "mundano". Aquí acude la espiritualidad lasallista iluminando la situación: "No mirar nada sino con los ojos de la fe...". Así es cómo la experiencia que sirve de fundamento a nuestra identidad cristiana, la fe, actúa de luz que atraviesa toda nuestra actividad humana, haciéndola "transparente de Dios".

¿Qué diferencia, pues, a los que ejecutan una labor como "situación ministerial" de los que realizan la misma labor como simple empleo? La principal diferencia no consiste en hacer cosas nuevas, sino que las mismas cosas se viven de un modo diferente. La diferencia se produce en cuanto intervienen la fe y la esperanza: fe en la presencia de Dios en esa situación ("lugar teológico"), y esperanza en que el Reino de Dios pueda hacerse más visible en esa situación. Naturalmente que, al vivirlo de esa forma, será más fácil prestar mayor atención a los destinatarios, procurar un mejor servicio, hacerlo con mayor desinterés, estar más cerca de las personas...

5. EL MINISTERIO: EXPRESIÓN DE TODA LA PERSONA, EXPRESIÓN COMUNITARIA.

La identidad lasallista, ante la Iglesia, representa el ministerio de la educación cristiana.

Para nosotros Hermanos y Hermanas, que asumimos de manera profética esta identidad, y para todos aquellos que se asocian, en la medida que la asumen, el hablar de "nuestro ministerio" no equivale a hablar sólo de la "actividad apostólica", sino de nuestra propia identidad ante la Iglesia, es decir, de cómo se manifiesta "lo que somos", y no sólo "lo que hacemos". De tal manera es esto así que nuestra vida comunitaria y nuestra consagración religiosa tienen su razón de ser en el ministerio de la educación cristiana. Por su comunidad y por su consagración el

Hermano y la Hermana se constituyen en "signo profético" que recuerda la importancia de ese ministerio en la obra evangelizadora de la Iglesia. De esa forma, otros cristianos se sentirán animados a asociarse para desarrollar dicho ministerio, desde otras opciones cristianas.

Es un ministerio que desarrollamos *asociados*, no individualmente. Y ese "signo profético" que damos ante la Iglesia tampoco es un signo individual, sino comunitario: "Juntos y por asociación" desarrollamos este ministerio, independientemente de las diversas funciones que cada Hermano y cada Hermana puedan realizar. Pero no olvidemos que lo que hace que mi función o tarea concreta (enseñar matemáticas, catequizar, cocinar, lavar ropa, sufrir la enfermedad, animar pastoralmente a las Hermanas,...) sea parte del único ministerio, es la solidaridad y comunión que vivo con mis Hermanos/as:

"Desde los comienzos del Instituto las Hermanas realizan su misión "juntas y por asociación": cada una ejerce su apostolado como miembro de una comunidad por la que se siente reconocida, sostenida y enviada.

Las Hermanas son solidarias de su comunidad y del conjunto del Instituto. Al cumplir su ministerio, cualesquiera que fueran sus funciones contribuyen a la realización comunitaria de la única misión eclesial del Instituto". (Regla, 14)

"La única misión eclesial del Instituto" se diferencia de las diversas funciones que realizan las Hermanas, y se expresa en **todas** las funciones que realizan las Hermanas, gracias a la solidaridad que une a éstas:

"El fin de este Instituto es procurar educación humana y cristiana a niños, niñas y jóvenes, especialmente a los pobres,

ya sea en obras dirigidas por el mismo Instituto,

ya en instituciones donde puedan prestar su cooperación con idénticos fines,

ya también en obras de apostolado parroquial

y, si las circunstancias lo exigen, asegurando el servicio doméstico en casas de religiosos y sacerdotes." (Regla, 3)

Semana Santa 2006

Asociadas para el servicio educativo de los pobres

Viernes Santo – 2ª

Celebrar la Presencia de Dios y el Misterio de Cristo

1. UN ESTILO DE ORACIÓN PARA UN ESTILO DE VIDA

Un estilo de vida promueve y se apoya sobre un estilo de oración. Pues bien, sentirse y actuar como un instrumento de la salvación de Dios no es posible sin una oración que nos lleve a **celebrar el don de la presencia salvadora de Dios en el mundo.**

"Las Hermanas contemplan la obra salvadora de Dios que actúa en el mundo y, particularmente, entre los que les están confiados, para ser así junto a ellos los 'embajadores de Jesucristo y dispensadores de sus misterios'." (Regla, 63)

La oración, para La Salle, es, fundamentalmente, **celebración de la presencia de Dios**. Acogemos su presencia como un regalo que se nos da, y no como el resultado de un esfuerzo personal. Pero esta celebración comienza ya en la vida, y desde la oración vuelve a proyectarse en la vida. La celebración se refiere a momentos concretos y limitados en el tiempo; son el alimento de la vida de fe. Es la "*oración del corazón*" que brota espontánea y frecuentemente a lo largo del día, haciéndonos elevar nuestra mirada a Dios: "*Acordémonos de que estamos en la santa presencia de Dios*".

La "celebración" de la presencia de Dios en la oración, tal como la propone La Salle, se atiene a un dinamismo psicológico indiscutible: el "*sentimiento de fe*", o esa conciencia íntima de estar ante Dios, necesita *expresarse*, comunicarse para seguir existiendo. Y, al tiempo que se expresa, describiendo diversos matices, cobra profundidad y se afianza en el interior del orante; se enriquece con la expresión. Tras este movimiento *expansivo*, la misma dinámica le lleva a simplificar progresivamente sus manifestaciones, hasta quedarse en "*una simple mirada interior de fe de su divina presencia*" (EM 99).

La celebración pone en acto la definición que La Salle atribuye a la oración en el encabezamiento de EM: "*Es una aplicación del alma a Dios*" (n1 1). "*Aplicarse*", tal como lo entiende La Salle y lo repite en EM, es "entregarse por entero", "tender" (con una tensión dinámica) hacia Dios, unirse fuertemente a Él... Y eso ha de hacerse con la **mente** y el **corazón**, unidos en "*el sentimiento de fe*". El acento no estará en "pensar" o "razonar", sino en "*sentir*". Y este sentimiento se transforma en afectos, no en ideas, pues se trata de un "diálogo de amistad" con un "Tú", y no de una reflexión sobre "Él".

2. CELEBRAR LA PRESENCIA DE DIOS

La Salle propone en EM una "didáctica de la celebración", que es lo que suele conocerse como "el esquema de los actos". Con esa didáctica pretende acostumbrarnos a dar *un ritmo dialogal a nuestra oración*, que esté centrado, no en nosotros mismos, sino en Dios; o más exactamente, en Cristo.

El ritmo comienza desarrollándose en tres tiempos. Y a medida que nuestra vida se va sumergiendo en ese ambiente celebrativo de la presencia de Dios, el ritmo de la oración debe irse simplificando. La celebración se hace más simple cuanto más honda es.

11. **El encuentro gozoso con Dios.** Nos situamos ante Dios, vueltos a Él, admirando su presencia, gozosos de estar ante Él; sólo Él cuenta. Surgen sentimientos *de fe, de adoración de agradecimiento*, y de amor y alabanza... Es un reconocimiento de las maravillas que Dios ha hecho en nosotros y por nosotros: Él nos salva, nos libera, nos ama con amor inmenso, Él guía nuestros pasos,... Es una salida de nosotros mismos para centrarnos en Dios.

21. **La mirada humilde sobre sí mismo.** Nos vemos a nosotros mismos, pero respecto de Él, lamentando lo indignos que somos de Él. Se despliegan así esas actitudes tan bíblicas, frecuentemente expresadas en los salmos, como son *la humildad, la confusión, la contrición*...

31. **El impulso hacia Cristo en el Espíritu.** Nos volvemos a Jesús, de quien nos viene la salvación. Jesús es el único que nos puede presentar ante el Padre, purificados por su sangre, revestidos de esa filiación divina que Él ha ganado para nosotros. Nos apropiamos los méritos de Cristo, nos manifestamos unidos con Él, y pedimos el don de su Espíritu, pues

éste es la única garantía de que nuestra oración va a ser agradable al Padre, porque la va a hacer el mismo Espíritu Santo en nosotros.

El dinamismo celebrativo de estos tres tiempos produce una transformación: de *celebrar la presencia de Dios* pasamos dialécticamente a *celebrar nuestra unión con Dios en Jesús*; o de otra forma: *celebrar nuestra participación en el Misterio de Dios por el Espíritu Santo*. Este movimiento que aquí se ahonda está presente desde el primer momento en la oración, pero se proyecta en la vida al darnos una *mirada sacramental*: viviendo y celebrando esta unión con Dios, no podemos hacer otra cosa que mirarlo todo de esa forma sacramental que convierte las cosas, los acontecimientos, las personas, la propia vida, en "transparentes" de Dios.

Así llegamos a esta síntesis vital: (*Yo soy presencia de Dios en el mundo!* Es la base teológica del ministerio (cf. MR 195,2). No es un centramiento en la propia persona, sino el reconocimiento agradecido de que la vida de Dios discurre a través de nosotros hacia el mundo, hacia aquellos a quienes hemos sido enviados.

3. CELEBRAR EL MISTERIO DE CRISTO EN NOSOTROS.

La celebración de la presencia de Dios, al estilo lasallista, nos conduce a centrarnos en Jesús y en la oración que él realiza en nosotros a través de su Espíritu. La 20 parte de la oración, según nos la presenta la Explicación del Método, es, en realidad, una prolongación de esa meta, pues la presencia salvadora de Dios en el mundo se encarna en su Hijo Jesús. Por eso, la oración cristiana tiende a introducirnos cada vez más a fondo en el Misterio de Jesús, *un misterio que se desarrolla en la historia*, en los Evangelios, en los santos, en la Iglesia, en nosotros mismos.

Al igual que la 10 parte, también ésta es marcadamente celebrativa: *celebramos el misterio salvador de Cristo*. Desde esta experiencia íntima que nos proporciona la oración podremos vivir complementariamente esa otra experiencia: *somos portadores del Misterio de Cristo ante los jóvenes*. Pero será necesario que el Misterio se adueñe de nuestras personas y nos evangelice; sólo así entraremos en "*el espíritu del misterio*", que es la meta hacia la que nos conduce La Salle.

Es también un ritmo en tres tiempos: una dinámica para incorporar la tensión que da vida a nuestro ministerio:

11. **Celebrar el Misterio:** es decir, entrar en una relación interpersonal con Cristo, sentirme alcanzado por su salvación, y eso supone, antes que nada, una expresión gozosa, desde la fe: no es una fe nocional, sino *un sentimiento de fe*, una adhesión de toda la persona a la salvación proclamada en ese misterio. Se expresa en actos de fe, adoración, agradecimiento, pero también de amor, confianza, reconocimiento...

21. **Evangelizar la vida:** es decir, poner en confrontación el misterio de Cristo, sus actitudes, sus palabras, con la propia existencia. La entrada en relación con Cristo provoca el deseo de conversión, de una mayor identificación con Él, tras constatar la lejanía entre nuestra realidad y el mensaje del Evangelio.

31. **Entrar en el espíritu del Misterio:** Esta "meta" de la oración está presente desde el comienzo, y se manifiesta en La Salle como una preocupación básica. Es, en realidad, la *síntesis vital* a la que conduce la dinámica de la oración. Se hace más insistente al final, desde la convicción de la propia debilidad, y de que sólo puede recibirse su espíritu como un

regalo de Dios. Es el don del Espíritu Santo, que nos hace participar en las disposiciones y afectos de Jesús, que nos hace clamar con El: *(Abba, Padre!)*.

En el trasfondo de este estilo de oración está la Encarnación. El Misterio de Salvación realizado en Cristo toma carne en nosotros sus seguidores y también sus ministros; en nosotros se actualiza, y a través de nosotros llega a otros hombres. *Somos una presencia real de Cristo Salvador en la tierra, hoy.*

Este "principio teológico", La Salle lo va a introducir como *principio dinámico*: será la tensión que dé vida a nuestro ministerio. Se nos plantea así, como un reto: ¿Cómo "ser Cristo" ante los hombres, siendo una simple criatura? Y la síntesis se da en *la conciencia ministerial de estar viviendo el misterio de Jesucristo*, que salva a través de nuestras pobres personas, como simples instrumentos en la obra de Dios.

Semana Santa 2006

Asociadas para el servicio educativo de los pobres

Sábado Santo – 1ª

CARISMA E IDENTIDAD

Redescubriendo el carisma lasallista en la identidad de la Hermana Guadalupana de La Salle

Hasta el momento en que ustedes nacieron como Instituto sólo había una forma de entender el carisma lasallista. Éste se identificaba con el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Se entendía como un carisma para hombres laicos consagrados. Hoy son muchos grupos de identidades bien diferentes las que se reconocen en el carisma lasallista: mujeres y hombres consagrados, seculares, sacerdotes, e incluso personas que no son católicas.

Veamos primero en qué consiste eso que llamamos "carisma" y el dinamismo que produce, y luego trataremos de hacer esa lectura sobre el Instituto de las Hermanas Guadalupanas de La Salle.

1. EL CARISMA FUNDACIONAL Y SU DINAMISMO

En primer lugar, ¿a qué llamamos *carisma*? Carisma es un don para servir a la misión de la Iglesia, un don para construir la Iglesia.

En último término, no hay más que un "Carisma" dado a los hombres, que es el Espíritu Santo. Su presencia en nosotros se manifiesta como una gran fuerza, un dinamismo que va haciendo realidad en nuestro mundo el Reino de Dios. La misión se lleva a cabo desde los distintos carismas o manifestaciones del Espíritu, pues Él es *"el protagonista de toda la misión eclesial"* (Redemptoris missio, 21). Cuando hablamos de los "carismas" en sentido cristiano nos referimos a las diversas formas que adquiere ese dinamismo del Espíritu en las personas. *"A cada cual, la manifestación del Espíritu se le da para el bien común"* (1Cor 12,7).

Los carismas fundacionales nacen con la persona concreta de los fundadores, pero no se reducen al proyecto histórico que ellos han puesto en marcha. Estos carismas, dice Juan Pablo II, *se conceden a la persona concreta; pero pueden ser participados también por otros y, de este modo, se continúan en el tiempo como viva y preciosa herencia, que genera una particular afinidad espiritual entre las personas* (ChL 24).

Un carisma fundacional es un impulso dinámico cargado de potencialidades que sólo con el tiempo podrán desplegarse adecuadamente. No se confunde, pues, con una determinada realización histórica. Por ello es simultáneamente raíz y profecía, y la fidelidad al carisma fundacional ha de ser forzosamente *“fidelidad dinámica”* (VC 37), fidelidad creativa para dejarse impulsar por aquel dinamismo inicial y aplicarlo en esta sociedad y en la Iglesia de hoy, a fin de recrear el proyecto que el carisma puso en marcha. Quien se limite a repetir la realización histórica del proyecto de su fundador será infiel a su carisma.

Un carisma fundacional es más importante y valioso para la Iglesia que un Instituto concreto al que aquél ha dado origen; en último término, el Instituto puede morir, como el grano de trigo en tierra, pero su carisma, que es su vida, puede dar lugar a una nueva floración.

Un carisma fundacional no puede ser un simple lazo afectivo o devocional, pues es un don para la misión. Ni es algo abstracto o intelectual: se ha encarnado en un itinerario concreto, el de los Fundadores especialmente, y ha producido una preciosa herencia con la que se nos transmite una espiritualidad, un estilo de vida comunitaria y un ministerio eclesial. Todo esto es parte del carisma, que da lugar a una identidad eclesial. Se participa en el carisma si se participa en la espiritualidad, en la vida fraterna, en la misión.

La participación en un carisma lleva, pues, consigo la vivencia de la identidad correspondiente. Será necesario conocer a fondo el carisma del que se participa, como condición para tener una visión clara de la propia identidad y poder vivirla con una adaptación creativa a las nuevas situaciones. No es tan solo un conocimiento teórico; es, sobre todo, tomar conciencia del don recibido y aceptar responsablemente el desafío que supone. La referencia más directa es Jesús mismo, en aquella escena de la sinagoga de Nazaret: Jesús lee ante sus vecinos la Palabra en la que él mismo se reconoce y que proclama el envío de que ha sido objeto por el Espíritu. Y a continuación se compromete públicamente, aceptando en su persona el desafío que trae consigo la acción del Espíritu: *“Hoy se cumple ante ustedes esta profecía”* (cf. Lc 4,18-21).

De la misma forma nosotros asumimos ante la Iglesia el compromiso de vivir en el presente el carisma que hemos heredado, y de reproducir con valor y audacia la creatividad y la santidad de nuestros fundadores como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy (cf. VC 37).

Este compromiso se manifiesta en la práctica al desarrollar el dinamismo inicial de una manera coherente y contextualizada, tanto para la fundación de nuevas obras como para evaluar y renovar las ya existentes, pero especialmente para adecuar nuestra presencia en dichas obras. Dejándonos poseer por el carisma revivimos el itinerario de nuestros fundadores en nuestro tiempo.

2. EL CARISMA FUNDACIONAL EN EL INSTITUTO GUADALUPANO DE LA SALLE

En la carta del Hermano Juan recogida por la Regla en la página 143, en respuesta a la pregunta que se le hace sobre el futuro apostolado de las Hermanas, hay que resaltar sobre

todo esta primera posición de su Fundador: *“El mejor consejero en este caso es el Espíritu Santo, cuyas luces y asistencia especial imploramos todos”*. En esto, como en todo, sigue de cerca a San Juan Bta. de La Salle, que siempre nos invita a estar atentos al Espíritu. El Espíritu está siempre más allá de la letra, más allá de las expresiones y escritos. El Espíritu se encuentra especialmente en la vida, y por tanto en el itinerario de nuestros fundadores. Es aquí donde debemos buscar el carisma, antes que en las palabras que ellos nos dicen, porque frecuentemente esas palabras están mediatizadas por la cultura y las circunstancias sociales, que cambian mucho desde ellos a nosotros.

El Hermano Juan pone su Instituto bajo la inspiración y guía de San Juan Bta. de La Salle. El Hermano Juan, él mismo, vive como carisma inspirador el carisma lasallista. Su preocupación máxima es la evangelización de la juventud, la educación de los pobres. Parece bastante evidente que el carisma que él desea transmitir a su Instituto no es otro que el carisma lasallista, del cual descubre una potencialidad que hasta entonces estaba escondida, y es la capacidad de ser vivido plenamente en femenino, es decir, por la mujer consagrada.

El carisma siempre se encarna en realidades temporales y culturales, y es muy importante identificar esos aspectos que pertenecen al tiempo y a la cultura concretos, para no confundirlos con el carisma mismo, ni pensar que son inherentes a él. Esta manera de encarnarse el carisma es la realización histórica, aquí y ahora, que forzosamente tiene que cambiar al encarnarse en otro tiempo y en otra cultura. Cuando el Hermano Juan pone en marcha esta “encarnación femenina” del carisma lasallista lo hace dentro de los condicionantes de la sociedad mexicana de los años ‘40’. Los acentos de esa realización están puestos en el servicio doméstico, que es lo que en ese momento y lugar se veía como la aportación más normal de la mujer y lo que precisamente constituía una deficiencia en las instituciones religiosas educativas, como los seminarios, dirigidos por hombres.

Al analizar este comienzo del proyecto “Hermanas Guadalupanas de La Salle” podemos caer en el error de poner en oposición estas dos funciones, “servicio doméstico” y “tareas escolares”, y quedarnos perplejos como si fuera un cruce de caminos donde no sabemos qué dirección tomar, o donde el tomar una supone rechazar la otra: ¿el carisma lasallista (que se refiere a la educación) o el servicio doméstico? Esta disyuntiva es traidora, porque está suponiendo dos proyectos distintos donde en realidad no hay más que acentuaciones diferentes en un único proyecto; acentuaciones que provienen del mismo y único carisma.

El Hermano Juan formaba parte del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Y en este Instituto, que siempre ha tenido muy claro que respondía a una única misión (la educación cristiana de los pobres...) desde un único carisma, también ha habido siempre Hermanos, miembros del mismo Instituto y llamados también “de las Escuelas Cristianas”, que han dedicado su vida o parte de ella al servicio doméstico. En los primeros años del Instituto incluso vestían un hábito diferente. Y cuando el Hermano Juan fundaba el Instituto de las Hermanas, hasta esa fecha los Hermanos conocidos con el sobrenombre de “sirvientes” pronunciaban unos votos algo diferentes de los demás. Y sin embargo en el Instituto de los Hermanos jamás se pensó que hubiera dos carismas o dos misiones, sino que cada uno servía a la única misión del Instituto desde diferentes funciones, aunque complementarias.

Me atrevo a afirmar, pues, que el Hermano Juan no pone en marcha otro proyecto diferente del lasallista, sino que lo que vivía el Instituto de los Hermanos lo traduce al contexto femenino en una sociedad y un tiempo concretos, y eso explica las acentuaciones diferentes. El Instituto de los Hermanos, precisamente para ser fiel al carisma y vivirlo en la Iglesia y la sociedad que le corresponde, con el tiempo ha ido suprimiendo elementos que estaban en el proyecto

original, como las diferencias externas o vocales de los Hermanos dedicados al servicio doméstico. Pero siempre se han mantenido en el Instituto esta multiplicidad de funciones, con muchos “servicios fraternos”, domésticos o no, para realizar “juntos y por asociación” la única misión del Instituto.

3. LA ACTUALIZACIÓN DEL CARISMA LASALLISTA EN LAS HERMANAS GUADALUPANAS DE LA SALLE

El VIII Capítulo General se planteó con valentía la necesidad de actualizar el carisma lasallista femenino en el Instituto de las Hermanas Guadalupanas de La Salle. El Capítulo General constató que lo que está claro a nivel de formulaciones en la Regla, no lo está en la vida y el sentir de las Hermanas, según revelaban los resultados del cuestionario que precedió al Capítulo. El Instituto tiene una deuda pendiente que pesa enormemente sobre la identidad vocacional de las Hermanas y es causa de insatisfacción y desánimo vocacional: la recuperación de la unidad en el carisma, la integración de las diversas funciones y tareas en la única misión del Instituto. Y el Capítulo se pronunció con una voz muy clara y firme, y quiso poner en marcha los dinamismos necesarios para que todos los miembros del Instituto, según su edad y posibilidades, reciban la formación que les permita sentirse participantes en este carisma y esta misión.

Lo primero que hizo el Capítulo fue afirmar el carisma y la misión educativa lasallistas como la razón de ser del Instituto, como la aportación específica que el Instituto hace a la evangelización, y la fuente y el alimento de toda su espiritualidad.

Y como consecuencia inmediata de esa afirmación el Capítulo ha asumido que el carisma y la misión educativa lasallistas son el núcleo integrador de toda la actividad del Instituto, y al mismo tiempo el criterio permanente de discernimiento para aceptar o rechazar, para continuar, modificar o abandonar las diversas actividades en que está empeñado o se le ofrecen al Instituto.

Con este eje central de referencia bien identificado, le queda al Instituto la tarea de integrar estos dos polos sin romper con la tensión a que dan lugar:

- De una parte, el lograr que las prioridades y las preferencias en la dedicación de los miembros del Instituto estén del lado de la educación y más concretamente en favor de los pobres. Que toda persona que entre en el Instituto con el deseo y la capacidad personal de dedicarse a la educación, no sólo no debe ser defraudada, sino que ha de encontrar toda la ayuda necesaria para realizar esa vocación en asociación con sus Hermanas.

- De otra, el rescatar el llamado “servicio fraterno” para integrarlo efectivamente en función de la única misión del Instituto y animarlo desde el carisma lasallista. No es cuestión de plantearse el “sí” o el “no” al servicio fraterno; entre otras cosas, el ponerlo en duda sería ofensivo e injusto para las Hermanas que han realizado o realizan esa función. La Institución necesita el servicio fraterno para llevar a cabo la misión de la educación. Pero será necesario velar para que esté ligado a la misión del Instituto, y que quienes lo realicen lo puedan sentir así. Entiendo que “servicios fraternos” son todos aquellos servicios permanentes o temporales que van directamente a las Hermanas (u otros educadores), y gracias a los cuales las educadoras o catequistas pueden dedicarse a su labor con los niños y jóvenes. Entre esos servicios fraternos estarán, por tanto, los de la Hermana

Superiora y Consejeras, como los de las Hermanas que trabajan en la cocina, secretaría, otros servicios domésticos...

“Es necesario recuperar el sentido de nuestra consagración como HGS, y evitar que se quede en una consagración genérica o devocional. Es necesario que todas las Hermanas lleguemos a descubrir que nuestra consagración “para procurar la gloria de Dios” se traduce en unirnos a nuestras Hermanas para realizar “juntas y por asociación” el proyecto del Instituto, cuyos destinatarios definitivos son los niños y jóvenes, sobre todo los pobres. En la medida en que nuestra vida religiosa se desarrolle en torno a este eje tendrá sentido para nosotras mismas y para los que nos rodean. En torno a este eje encuentran pleno significado los Consejos Evangélicos de los que hacemos voto, como un don recibido de la Santísima Trinidad para construir la Comunidad al servicio de la Misión (cfr. 21 VC, 22 CC, R.22).” (VIII Capítulo General, 3.1)

Semana Santa 2006

Asociadas para el servicio educativo de los pobres

Sábado Santo – 2ª

LLAMADAS A COMPARTIR UN PROYECTO DE FRATERNIDAD

1. EL RELATO LASALLISTA.

Las Hermanas Guadalupanas de La Salle fueron llamadas a entrar en el relato lasallista a través del Hermano Juanito. Entraron tímidamente, casi como actores secundarios. Ya es hora de que se inserten en él en igualdad de derechos que sus actores más tradicionales. Se trata del relato de una Fraternidad ministerial: una fraternidad vivida para la misión y configurada desde la misión.

Como todo gran relato colectivo, el nuestro comenzó siendo oral. Antes de que el Fundador comenzara a poner por escrito lo que él y los primeros Hermanos estaban experimentando, ya el relato pasaba de boca en boca. Los que lo oían se enteraban entonces que en Reims y los pueblos vecinos, y luego en París y otras ciudades, un grupo de maestros de escuela hacía maravillas con los niños, los hijos de los artesanos y de los pobres. Y estos últimos contaban que se sentían a gusto en esas escuelas, porque estaban pensadas para ellos, pero al mismo tiempo, no eran escuelas reservadas para pobres, sino abiertas a quien quisiera asistir a ellas. Por eso el relato empezó pronto a hablar de los problemas que el Fundador de aquel grupo tenía en los tribunales de París, y no por dedicar sus escuelas a los pobres, sino por negarse a que fueran exclusivamente para ellos.

Sin embargo, lo más llamativo de aquel grupo de maestros es que vivían en comunidad. Y ello a pesar de que los signos externos, como el hábito o uniforme que vestían, no les relacionaban con algún tipo conocido de vida religiosa, y los votos que algunos de ellos empezaban a hacer tampoco eran los votos clásicos de la vida religiosa.

Por otra parte, el hecho constatable de su vida comunitaria estaba subrayado con el nombre por el que se hacían llamar: *Hermanos de las Escuelas Cristianas*. El relato hablaba, pues, de una fraternidad dedicada a la educación de los pobres. Y se trataba de una fraternidad construida “a conciencia”, no como un simple medio para el trabajo. Sus miembros gastaban tiempo y esfuerzo en vivir la comunidad, y no aceptaban ninguna escuela que no pudieran mantener viviendo en comunidad.

De aquellos momentos fundacionales nos viene el mensaje que hoy hemos de vivificar. Ese mensaje podríamos resumirlo en los puntos siguientes:

2. LA MISIÓN LLAMA A LA COMUNIÓN.

Desde el mismo comienzo del relato lasallista se escucha una llamada. Es un grito que proviene de “los hijos de los artesanos y de los pobres”, y está coreado por todos los niños y jóvenes necesitados de educación. El grito no se apaga en toda la narración; en realidad está sosteniendo el relato, pone en acción a sus protagonistas y atrae nuevos actores a participar en el relato. Podemos asegurar que el relato se acabará cuando deje de escucharse ese grito.

El grito es percibido como una llamada, y aquí es donde interviene el carisma lasallista, que despierta la sensibilidad del corazón, educa los oídos de los actores del relato, y suscita en ellos las respuestas que van tejiendo el relato.

El carisma lasallista, es decir, la manifestación del Espíritu Santo entre nosotros, es el auténtico protagonista de este relato, aunque sea en la sombra. Movidos por él, los actores visibles, empezando por el propio Fundador, se hacen sensibles a aquellos gritos y los interpretan como llamadas, pero no como llamadas a crear escuelas para los pobres, sino a crear una fraternidad que sostenga las escuelas. Los actores del relato lasallista han captado que lo que necesitan los pobres no son simplemente “escuelas”, sino una fraternidad que enseña un modo de vida, el modo de vida evangélico; por eso su respuesta consistirá en poner en marcha una fraternidad que sea capaz de ofrecer escuelas donde los contenidos intelectuales y las destrezas quedan integrados en una propuesta de vida solidaria. Es esta respuesta la que permitirá transformar y elevar la vida del pobre, y es la respuesta del Evangelio.

El dinamismo carismático que permitió desarrollarse el relato lasallista y que sigue hoy dándole vida, podríamos describirlo de forma muy simple con estos términos de la teología postconciliar: *la misión llama a la comunión*; o mejor aún con esta frase de Juan Pablo II: “*La comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión*” (Christifideles laici, 32).

3. UN PROYECTO DE FRATERNIDAD.

“Un compromiso me llevaba a otro sin que yo lo previera al comienzo” (Memoria de los Comienzos): así describe san Juan Bautista de La Salle su progresivo descubrimiento de la llamada y su implicación, también progresiva, en la respuesta. Juan Bautista comienza a sentir el grito de “los hijos de los artesanos y de los pobres” a través de Adrian Nyel y de los maestros que éste contrata. Pero tarda en interpretar la llamada.

Al principio piensa que se trata de organizar escuelas, para lo cual habrá que preparar equipos de maestros que funcionen ordenadamente. Y él dirige la operación desde fuera, a distancia. Pero a medida que reduce la distancia va descubriendo en qué consiste la llamada:

no es sólo cuestión de efectividad, sino de solidaridad, lo cual exige estar al lado de las personas, de los maestros. El paso más decisivo, pero no el último, llega en 1682, cuando Juan Bautista abandona su casa y se va con los maestros: entonces comienza la comunidad. En la comunidad descubre que no basta “estar con ellos”, sino que deberá “ser como ellos”, como así le recomienda el P. Nicolas Barré, y vendrá la renuncia a la canonjía y a sus bienes.

La verdadera respuesta lasallista a la llamada de los pobres comienza entonces, en esta comunidad laical, sin diferencias jerárquicas, que está desarrollando un proyecto de fraternidad. La fecha de referencia es 1684. El nombre que eligen para darse a conocer, *Hermanos de las Escuelas Cristianas*, describe muy bien esta *comunidad para la misión* que será el dinamismo central de la comunidad lasaliana (ya nos hemos referido a él y su significado).

4. LA CONSAGRACIÓN, RAÍZ Y GARANTÍA DEL PROYECTO.

El concepto lasallista de “consagración” no se reduce a una relación religiosa individual con Dios. Es mucho más rico, y anuda en la misma alianza a tres destinatarios: Dios, los Hermanos, los niños y jóvenes pobres a los que se destina la obra. La consagración a Dios actúa de garantía de las otras dos alianzas o compromisos, se toma a Dios como testigo y sostenedor de nuestra alianza con los otros asociados y con los destinatarios de la obra. Se comprende así que el proyecto de fraternidad quede sustancialmente reforzado y que, aunque el proyecto es anterior a la consagración, ésta constituye el fundamento y la garantía del proyecto.

La consagración/asociación de La Salle con dos Hermanos en 1691, y con doce en 1694, es el acto fundacional más decisivo para el Instituto de los Hermanos, pero también, a juicio del 43º Capítulo General (año 2000), “es la fuente de las asociaciones lasallistas entre seculares y religiosos que quieren juntarse para trabajar en la misión lasallista” (Circ. 447, pp. 3-4).

Si observamos ahora las dos escenas que componen este acto, nos daremos cuenta de la relación de fundamentación o garantía que la consagración/asociación aporta al proyecto global lasallista, el proyecto que aquí llamamos de “fraternidad ministerial”.

La primera escena sucede en 1691, el 21 de noviembre. Blain la introduce de esta forma:

“Después de maduras reflexiones sobre los medios convenientes para apuntalar un edificio que amenazaba ruina al mismo tiempo que se lo levantaba, le vino la inspiración de asociar con él a los dos Hermanos que consideraba más idóneos, para sostener la naciente comunidad y de comprometerlos con él, mediante un vínculo irrevocable, a seguir trabajando por consolidarla” (Blain, 1, 312).

La asociación de Juan Bautista de La Salle, Nicolas Vuyart y Gabriel Drolin, hecha con voto, se constituye claramente para sostener la “naciente comunidad”, que por supuesto es más amplia que el grupo de los tres asociados. A esta “Comunidad de las Escuelas Cristianas”, como la llama Juan Bautista en la Memoria del Hábito, escrita dos años antes, le dará ahora, en la fórmula empleada para la consagración de los tres, el término más formal de “Sociedad”, “Sociedad de las Escuelas Cristianas”. La relación de su asociación (de los tres) con la Sociedad es expresada así:

- “Nos consagramos enteramente a Vos, para procurar con todas nuestras posibilidades y todo nuestro interés el establecimiento de la Sociedad de las Escuelas Cristianas...”

- *“Y a este fin yo, Juan Bautista De La Salle; yo, Nicolas Vuyart; yo, Gabriel Drolin; nosotros desde ahora y para siempre hasta el último suspiro o hasta la total extinción del establecimiento de dicha Sociedad, hacemos voto de asociación y de unión para procurar y mantener el citado establecimiento, sin podernos desentender del mismo, ni siquiera en el caso de que quedáramos los tres solos en la dicha Sociedad...”*

La segunda escena sucede tres años más tarde, en 1694, el domingo de la Trinidad, 6 de junio. Otros diez Hermanos se unen a los tres protagonistas anteriores. Podríamos decir que se trata de una escena que queda abierta, que se proyecta hacia el futuro, que parece estar invitando a entrar en ella para continuarla. En la escena anterior veíamos un nudo cerrado de tres personas apoyándose mutuamente para sostener algo más grande que amenaza ruina. Ahora, en cambio, se nos presenta un grupo de personas con aspiración a seguir creciendo: el grupo ya está ahí, sólo hay que unirse a él para apoyar el proyecto. Cada uno pronuncia su consagración/asociación en primera persona y nombra a los demás componentes de ese núcleo inicial o “fundacional”:

“Yo ... prometo y hago voto de unirme y permanecer en Sociedad con los Hermanos...”

Todos los que vengan a continuación para consagrarse/asociarse, ya no nombrarán a los componentes del núcleo fundacional o a los que lo forman actualmente, sino que se refieren sólo al conjunto:

“...los Hermanos de las Escuelas Cristianas que se han asociado para tener juntos y por asociación las escuelas gratuitas...”

El resultado inmediato de la consagración lasallista es el reforzamiento del proyecto de fraternidad ministerial: por una parte, al quedar referido explícitamente a Dios, como obra suya, cada asociado vive con la conciencia y la responsabilidad de ser instrumento en la obra de Dios, independientemente de la función que realiza y el lugar concreto donde se encuentra. Por otra, el proyecto puede contar con la disponibilidad plena de cada asociado para construir la comunidad y cumplir la finalidad de ésta, no sólo en el ámbito local sino también en el universal. En cierto sentido, la consagración rompe la limitación de la comunidad en el espacio y en el tiempo.

Es ese mismo proyecto el que ustedes, con su consagración como Hermanas Guadalupanas de La Salle, están integrando y sosteniendo.

5. UNA ESPIRITUALIDAD DE COMUNIÓN

Finalmente, de parte de la Iglesia de Vaticano II, la Iglesia-Comunión, nos viene un mensaje, o mejor, un reto, que nos anima a insertarnos con decisión en este proyecto lasallista de fraternidad ministerial.

En estos últimos 40 años la Iglesia ha hecho una reflexión profunda sobre su identidad, y como resultado ha señalado la comunión y la misión como los dos ejes sobre los que se construye su identidad; dicho de otra forma, ha reconocido la *comunión misionera* como el dinamismo interno que impulsa y da vida a la Iglesia. Se ha desarrollado una *eclesiología de comunión*, “idea central y fundamental de los documentos del Concilio” (ChL 19); y ello ha ayudado a la Iglesia a hacer luz sobre el núcleo central de su propia identidad, hasta el punto de reconocer: “Esta comunión en el mismo misterio de la Iglesia” (ChL 18).

Una cosa es la clarificación a nivel teórico y otra es cómo se vive en la realidad. Por eso esta identidad se ha convertido en un reto para la Iglesia. Al menos, así lo ha asumido Juan Pablo II: *“Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: este es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo.”* (Novo millennio ineunte 43).

La comunión tiene, pues, que transformarse en sangre que corra por las venas de la Iglesia. Y aquí entramos nosotros de forma especial: *ALa vida consagrada está en el corazón mismo de la Iglesia como elemento decisivo para su misión@*, había dicho Juan Pablo II en *Vita consecrata* (n.3). Estando en el corazón tiene esa especial responsabilidad de impulsar la sangre a todo el cuerpo, por eso recibe esta petición expresa de parte de la Iglesia: *“Se pide a las personas consagradas que sean verdaderamente expertas en comunión, y que vivan la respectiva espiritualidad como testigos y artífices de aquel ‘proyecto de comunión’ que constituye la cima de la historia del hombre según Dios. El sentido de la comunión eclesial, al desarrollarse como una espiritualidad de comunión, promueve un modo de pensar, decir y obrar, que hace crecer la Iglesia en hondura y en extensión.”* (VC 46).

Se nos ha encomendado la tarea de *“fomentar la espiritualidad de la comunión”* (VC 51). **“Espiritualidad de la comunión”** es un concepto relativamente nuevo que debe llegar a ser muy familiar entre nosotros, Hermanas y Hermanos. De momento, veamos cómo lo desarrolla Juan Pablo II en su Carta Apostólica de comienzos del nuevo milenio: *“Antes de programar iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades.*

Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado.

Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como ‘uno que me pertenece’, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad.

Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un ‘don para mí’, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente.

En fin, espiritualidad de la comunión es saber ‘dar espacio’ al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Ga 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias.” (Novo millennio ineunte, 43)